INSTITUTO DE EDUCACIÓN MEDIA SUPERIOR DEL DISTRITO FEDERAL

ABC de Filosofía

Desarrollado por la Macro-Academia de Filosofía

Dé clic para pasar la página

Índice

	Pág
Presentación	1
Arte	3
Belleza	7
Cambio	9
Crimen	12
Cuerpo	15
Inducción	19
Palabra	21
Libertad	25
Mayéutica	30
Noúmeno	34
Bibliografía	38
Créditos	

Presentación ABC

Por Gudelia Espejo López

Estimado Lector:

Tienes en tus manos y frente a ti, un conjunto de diez textos inéditos y originales, organizado en un ABC a partir de conceptos filosóficos, elegidos al azar dentro de los límites y alcances de las cinco asignaturas de Filosofía que se imparten en el Instituto de Educación Media Superior del D.F., escrito por tus profesores con gusto, y para el placer de tu propia búsqueda.

Durante estos más de 10 años de creado el Instituto, los profesores han experimentado diferentes maneras de enseñar Filosofía; ahora, escribir para sus estudiantes es una nueva forma de dialogar sobre los distintos aspectos que importan y que sirven para seguir rascando un poco más en la superficie, para dar pie a los debates, o para motivar a los estudiantes sobre el quehacer filosófico.

Así que puedes leer los siguientes textos de inicio a fin, o mirar el índice, y ver cuál llama más tu atención, pues cada texto responde y forma parte de una personalidad única: la de tu profesor, quien hace gala de un estilo reencontrado, un modelo rediseñado y una escritura singular y generosa.

El primer texto, siguiendo el orden alfabético, es sobre *Arte*, escrito por Fernando Monreal Ramírez, en él, nos encontramos con el origen etimológico de la palabra Arte, tanto como su inserción en la tradición occidental, y cómo, poco a poco, fue popularizándose dicho término hasta nuestros días. Por su parte, Georgina Alba González, nos habla de la Belleza, de aquello que nos encontramos cada día, y de las preguntas que nos hacemos acerca de este concepto, como por ejemplo, ¿es Bello porque me gusta, o me gusta porque es Bello? ¿Dónde se encuentra la Belleza y qué es?

Enseguida, verás el escrito de Lilian Rodríguez Villafuerte: el Cambio, donde encontrarás cómo reflexionar sobre las transformaciones que vivimos desde que nacemos y sobre la realidad cambiante, y cómo algunos filósofos abordaron esta cuestión. Por otro lado, el Crimen, escrito por José Luis Solís Ruiz, es un texto donde él define el concepto desde una visión histórico literaria, ejemplificando con las acciones de los dioses y personajes griegos, hasta nuestros días, haciendo un recuento de cuáles y cuántos tipos de crímenes existen y preguntando si podemos escapar de ellos.

Alejandra Chío Bazany nos habla del Cuerpo, en términos de materia y de ser, que nos lleva a cuestionar sobre la experiencia, la percepción y la representación que tenemos de nosotros como cuerpo y a través de él; poniendo ejemplos de filósofos e historiadores como Aristóteles, Nietzsche o Jaques Le Goff. Para continuar, encontrarás, el concepto de Inducción, de José Luis Bruno, quien de forma divertida nos remite a un concepto clave a la hora de pensar ¿Cómo conocemos? ¿A través de qué conjeturas armamos nuestros argumentos, nuestra vida o la ciencia misma? La inducción es algo que hacemos todos los días, pasando de las falsas creencias hasta el convencimiento de que así son, y nada nos hará cambiar; o bien, como una reflexión útil para establecer regularidades.

Por otro lado, tenemos el texto sobre la Libertad, de Patricia Becerra Estrada, quien nos presenta una reflexión muy detallada de los motivos y posibilidades de la Libertad, sobre las posturas que se han esgrimido en torno al concepto, e incluye las definiciones tanto absolutistas como deterministas, con el fin de abordar uno de los aspectos más importantes sobre el que gira la Ética. Luego, Pedro Corzo Corea, nos habla de la Mayéutica: el método socrático por excelencia, donde nos presenta referencias históricas importantes, da ejemplos de cómo saber preguntar y a quiénes, cómo recuperar lo dicho, pero sobre todo cómo hacer crecer nuestras ideas, o transformarse de opinión (*doxa*) a conocimiento (*episteme*), además de cómo poder cambiar y reforzar las ideas propias mediante este ejercicio.

En penúltimo lugar nos encontramos con el escrito, de Gustavo Barajas Gómez, sobre el Noúmeno, un concepto en suma, difícil; sin embargo, la habilidad y recursos literarios del autor nos adentran en él sin darnos cuenta, hasta comprender de forma libre y juguetona un tan apreciado y complicado término. Y finalmente, el texto sobre la Palabra, de Gudelia Espejo López, quien pone en juego las diferentes formas en que se presentan las palabras: leídas, escuchadas, habladas o escritas, cuyo don y poder son inseparables del ser humano, al ser una forma de expresión que conjuga la música, la pintura, el gesto, y la historia de cada quien.

En fin, que los textos incluidos en el ABC tienen la cualidad de responder, entre sus líneas, a tres preguntas básicas, ¿*Qué es* en Filosofía un concepto? ¿*Para qué sirve* en Filosofía determinado concepto? Y ¿*Cómo ha sido* en la Filosofía un concepto específico?

Con la lectura de cada uno de los conceptos de este ABC de Filosofía podrás acercarte a las creaciones de tus maestros, no olvidando que toda creación es tremenda, porque revela y comunica, ningún otro objetivo más que el de familiarizarte con el quehacer filosófico.

¿Por cuál quieres empezar?

Arte

Jesús Fernando Monreal Ramírez
Iztapalapa 1

¿De qué tradición filosófica heredamos el uso y la reflexión actual sobre la palabra arte?

El significado etimológico del término arte es muy antiguo; proviene del latín *Ars* y este a su vez del griego *Tekné*. Pero el uso corriente de arte en los libros de filosofía y en ciertos círculos académicos y sociales es tardío, y se debe a un reacomodo de los modos de generar conocimiento en el siglo XVIII en la Europa Occidental. Como habrás notado, este hecho arroja una primera pista; sí, el actual uso que le damos al término arte proviene de una tradición occidental.

Este reacomodo se debió en parte al hecho de que un grupo de filósofos pertenecientes al movimiento llamado enciclopedismo[1], se dio a la tarea de establecer una clasificación y sistematización del saber e intentó establecer una visión en conjunto de las diferentes ciencias entre las que el arte fue legitimado como un dominio autónomo de prácticas sociales y culturales.

En el esquema de clasificación de la Enciclopedia, fue necesario establecer un término para hablar de aquél conocimiento que no poseía un estatus de validez dentro de las ciencias positivas del siglo XVIII y que se refería a un tipo de saber empírico y sensible producido mediante la observación de cierto tipo de objetos; un saber que Alexander Baumgarten llamó *Cognitio sensitiva*: el conocimiento de lo bello.

El uso de la palabra arte además se popularizó gracias a la separación de tres prácticas que en la antigüedad se encontraban fusionadas en la *tekné*; término que se refería a un *saber hacer* que implicaba habilidad y conocimiento de ciertas reglas. Es así que *tekné* nos da una segunda pista: lo artístico pertenece al reino de lo artificial.

La separación se dio cuando los enciclopedistas consideraron que era necesario distinguir entre la llamada práctica artística, la práctica técnica y la artesanía (también llamada oficio[2]). La práctica artística fue relacionada rápidamente con los conceptos de "sensibilidad" (aisthesis), "belleza", "imaginación", "libertad" y "creación", mientras que la práctica técnica se sustrajo al reino de la necesidad, a los trabajos relacionados con la satisfacción de necesidades y sobre todo con el seguimiento de normas y una racionalidad instrumental; la artesanía finalmente, se quedó al nivel del *saber hacer*, es decir, al nivel de la *tékne*[3].

Es así como surgió la llamada "autonomía del arte" que se refiere a la delimitación de un tipo de racionalidad respecto a otras esferas del saber como la epistemología o la ética; un dominio público del conocimiento en el que intervienen como productores los llamados artistas, como receptores los llamados espectadores y críticos de arte, y como productos las llamadas obras de arte.

Gracias a esta autonomía, el término arte se ha usado a veces como un signo con el que se pretende totalizar un territorio de agentes, prácticas, objetos y acontecimientos, con ello se busca encontrar una única definición de la palabra y se sustancializa aquello a lo que se refiere en una realidad invariable social, histórica y cultural, con el que defender un significado universal de arte.

---

[1] Sobre el significado de enciclopedismo y su relación con el desarrollo del arte revisa en la biblioteca el artículo de Javier Arnaldo: *Ilustración y enciclopedismo* en la compilación que Valeriano Bozal ha hecho en *Historia de las ideas estéticas y de las teorías artísticas contemporáneas*, vol. 1.

[2] En las culturas clásicas prehispánica (siglos VI a.C.-XV d.C.) no existía la distinción entre arte, artesanía y técnica.

[3] Para un estudio de la escisión entre arte y técnica véase a Blumenberg (1999). *La realidad en la que vivimos. Barcelona*: Paidós/Universidad autónoma de Barcelona.

Sin embargo, resulta más apropiado hablar de prácticas artísticas o prácticas del arte, ya que un significado universal y único no existe. En todo caso, se ha tratado de dar varias definiciones del término "arte", mismas que el filósofo polaco W. Tatarkievich ha sintetizado en el siguiente concepto:

> *El arte es una actividad humana consciente, capaz de producir cosas, construir formas o expresar una experiencia, si el producto de esta reproducción, construcción, o expresión puede deleitar, emocionar o producir un choque (2001).*

Desde una perspectiva más extensa e incluyente, es importante mencionar que desde la antigüedad han existido prácticas artísticas, más no bajo un mismo uso y significado del término arte.

Arte se refiere en general, a un conjunto de prácticas de producción, registro y consumo de objetos y acontecimientos en relación a lo que el filósofo Jacques Ranciére (2005) ha llamado *regímenes del arte* y que pueden entenderse como sistemas de saberes, teorías, normas y criterios para crear, valorar y determinar la función de obras de arte, aunado a los dispositivos técnicos y de poder que intervienen en ello.

El régimen es así un sistema lingüístico y pragmático que posibilita la existencia de aquello que llamamos obras de arte, los medios y técnicas para su producción (técnicas para pintar, esculpir, fotografiar, filmar, crear software, etc.), sus modos de circulación y de reproducción (museos, salas de proyección, espacios públicos, etc.), los soportes que sirven para difundirlo y hacerlo accesible a un contexto determinado (Internet, video, lienzo, televisión, etc.), y los criterios de interpretación usados para valorar el significado de lo artístico (teorías del arte, ensayos, documentos, herramientas de interpretación, etc.).

Luego entonces, en relación a estos sistemas de normas y criterios para crear, valorar y determinar la función de obras de arte, podemos plantear cuatro regímenes del arte desde la filosofía: régimen ético del arte, régimen mimético del arte, régimen estético del arte y régimen político del arte.

Según el *régimen ético* del arte, la función de las prácticas de producción, registro y consumo de obras, es la de servir, por una parte al culto religioso como formas que materializan simbólicamente lo divino y que establecen una realidad sagrada en el imaginario de las personas, y por otra la de transmitir normas sociales, lograr una interiorización en la vida cotidiana y en la construcción de la identidad, memoria e historia individual y colectiva.

Bajo este régimen, las prácticas artísticas se enfocan en producir obras que transmitan creencias, dogmas, verdades de fe y sistemas morales, y que lleven a éstas a adquirir un valor social. En su uso ético el arte posee una función pedagógica aplicada a la conducta humana y a la práctica moral; aquellas acciones que se guían por un criterio de lo bueno/malo. Aquí lo artístico denota una categoría moral que se refiere a modos de ser en relación a cierta idea de lo bueno. Luego, los objetos del arte, se entienden como la expresión de ciertos modelos de conducta moral, que engloban valores, normas, enseñanzas, etc. Por ejemplo, la escultura de un dios prehispánico, las imágenes que encontramos en templos, en las que se narran o describen acontecimientos bíblicos, las cerámicas, las esculturas, las danzas y la música usadas en rituales religiosos. Estas prácticas del arte modelan formas de sentir y herramientas para interpretar lo que sentimos.

Según el *régimen mimético*, el arte sirve como una forma de representación, significa que las obras registran la realidad reproduciéndola o imitándola. En este régimen, los artistas buscan elaborar una representación fiel y fundamentalmente visual de temas como: la sociedad, las tradiciones y costumbres de un grupo social, un paisaje, una persona, un objeto o un acontecimiento, por mencionar sólo algunos. Utilizan técnicas como la proporción áurea y la perspectiva, el uso de la cámara oscura o el daguerrotipo, y actualmente, el uso de *software* para elaborar imágenes que simulan la realidad.

Lo bello es un término cercano a este régimen del arte, ya que permite caracterizarlo mediante su representación como proporción geométrica que resulta de la representación visual, pero también como representación de una realidad idealizada y perfeccionada.

Existen diferentes movimientos artísticos que adoptaron este régimen: el realismo, el naturalismo, el arte cortesano, el barroco, el clasicismo, incluso el impresionismo. Así, lo artístico está condicionado por la correspondencia e imitación que guarda con la naturaleza y la cultura, aunque es el producto de una capacidad humana.

El *régimen estético* del arte se organiza con base en el surgimiento de la estética filosófica en el siglo XVIII, donde "arte" adquiere un significado filosófico, ya que es objeto de estudio de una disciplina filosófica llamada estética. En este régimen arte se convirtió en una palabra de uso corriente, empleada para referirse a un conjunto de prácticas que están ligadas a la educación de los sentidos humanos en relación a los conceptos de lo bello, lo sublime; y sobre todo a la exploración de la experiencia humana de sentir placer.

El arte en este régimen posee varias connotaciones entre las que destacan: la producción de placer como máxima expresión de la libertad y realización humana; también como la materialización del buen gusto y la correcta apreciación de lo bello o de lo sublime. Desde la perspectiva estética las prácticas artísticas son vistas como formas de subjetivación, es decir, como metodologías que ayudan a las personas a construir su propia identidad y autonomía.

Uno de los filósofos que más ha influido en esté régimen es Immanuel Kant, quien escribió su *Crítica de la facultad de juzgar* obra en la que expuso sistemáticamente el concepto de juicio de gusto y exploró el significado de lo bello y lo sublime. Para Kant, el arte "es <juego>, expresa el libre y armónico ejercicio de las facultades independientemente del hecho de estar dirigidas a un fin" (Givone. 1990. pág. 37). A partir del régimen estético, se tratarán de establecer varios criterios para definir lo artístico. Pero todos estos criterios son temporales y espaciales, y su uso es parcial, lo cual significa que no definen de manera absoluta qué es el arte.

El término arte es fuertemente cuestionado con el surgimiento de las vanguardias en el siglo XX. Algunos de estos movimientos como el dadaísmo o el surrealismo proponen eliminar el término "arte" por considerar que su uso está circunscrito a las economías de la sociedad burguesa y capitalista.

La vanguardia es una crítica radical a los regímenes: mimético y estético del arte. La tesis principal de estas vanguardias es que el arte en estos regímenes, ha perdido su función social; ya no permite construir relaciones simbólicas entre los individuos: históricas, de identidad o de memoria colectiva. Pero con la vanguardia se consolida el *régimen político del arte*. Esto no significa que las prácticas artísticas anteriores no tengan una función política, pero la vanguardia replantea esta función del arte de forma explícita y en relación a ciertos deseos utópicos por transformar a la sociedad y liberarla de los modos de producción imperantes. Luego, desde lo político, el arte contribuye a redefinir las relaciones de convivencia entre las personas, a reflexionar sobre la vida y a cuestionar las desigualdades sociales.

Podemos decir que actualmente los cuatro regímenes que mencionamos se combinan algunas veces y otras se vuelven a separar. Encontramos prácticas en las que al combinar las tendencias del *régimen mimético* del arte con el estético le dan importancia capital al diseño. Pero a veces se le da mayor importancia a lo político; otras, a ciertas categorías como las de innovación, lo bello o lo sublime, etc.

Hay quienes piensan que el arte hoy es parodia; ironía de la condición actual de las sociedades; hay quien ve en esta práctica la necesidad de un compromiso con la ecología del planeta, pero otros piensan que el arte se refiere a prácticas que producen placer.

Rancière (2005) señala que podemos distinguir dos grandes teorías sobre el presente del arte que están fuertemente relacionadas con el régimen político de éste[4]: la primera defiende un *radicalismo* en el arte que pretende hacer pedazos la experiencia común instaurada por los totalitarismos imperantes, mediante la producción de obras o acontecimientos artísticos que se muestren como ajenas y perturbadoras del orden sensible imperante, una especie de *diferencias radicales*, de otredad, que cuestiona nuestra experiencia de sentir.

[4] Es recomendable que investigues y discutas con él o la maestra, el significado del término Neovanguardia, así como algunos de los artistas más representativos de la misma.

La segunda teoría plantea una micropolítica del arte que se refiere a la actividad de lograr una redisposición de los objetos y de las imágenes que forman el mundo común, encaminados a modificar nuestra experiencia y a establecer relaciones de diálogo y convivencia social. Así, "el arte consiste en construir espacios y relaciones para reconfigurar material y simbólicamente el territorio común".

De cualquier forma, usar hoy el término "arte" debe ir acompañado de un argumento que legitime su pertinencia para producir, registrar, consumir y hablar de ciertos objetos, procesos, agentes y acontecimientos, así, es recomendable no pretender plantear definiciones absolutas del término, ni defender como absoluto uno u otro régimen del arte. Es importante preguntarse qué sentido tiene una obra artística en relación a nosotros y con el entorno en el que se presenta.

Vincent Van Gogh, *Zapatos de labriego*.

Andy Warholl, Zapatos de polvo diamante.

Petros Chrisostomou, *Zapatos*.

Belleza

Georgina Alba González
Plantel Ricardo Flores Magón

Sandro Botticelli, Nacimiento de Venus
Florencia Galería de los Uffizi

Cotidianamente se nos presentan objetos, personas, hechos, que nos resultan agradables, que nos gustan. Por ejemplo, vemos un paisaje o la puesta del sol y nos producen agrado; de la misma manera, cuando vemos personas atractivas su presencia es agradable para nosotros. Cuando escuchamos una pieza musical de nuestra elección lo hacemos porque nos gusta, pues la música genera emociones que gozamos y por ello procuramos obtenerlas e incluso prolongarlas. A los objetos en los que se centran estas experiencias los denominamos *bellos*, entendiendo que son atractivos, agradables, bonitos, poseedores de belleza, y que no nos cansamos de verlos o escucharlos.

Podemos preguntarnos: ¿en qué consiste que dichos objetos, hechos o personas sean bellos? Los objetos bellos lo son debido a que tienen un atributo, a saber, *belleza* es un término cuya etimología –del griego antiguo– se relaciona con *aparecer*, *brillar* y *mirar* (Henckmann & Lotter, 1998, pág. 30).

Los antiguos griegos usaban la palabra *kalón* para referirse a lo que gusta, lo que suscita admiración y atrae la mirada (Eco, 2006, pág. 39). En nuestros días el término *kalón* se traduce como "bello", y para los griegos de la antigüedad era un atributo del cuerpo y del alma humana, así como de la armonía del cosmos, de la poesía, de la escultura e incluso de la composición retórica. Para los filósofos griegos la belleza tuvo un lugar importante en sus reflexiones. Desde entonces Platón sentó las bases de las dos concepciones más importantes de la belleza que se han elaborado en siglos: "la belleza como armonía y proporción de las partes, y la belleza como esplendor" (Eco, 2006, pág. 48).

En nuestros tiempos seguimos usando el término belleza como un atributo de las cosas, hechos o acciones que nos gustan. Cabe preguntarnos: ¿qué características de estos objetos, hechos y acciones les hacen ser bellos? ¿Por qué les llamamos bellos y no simplemente agradables? Puesto que el gusto que sentimos ante su presencia podría ser meramente subjetivo, es decir, causado por nuestros propios sentimientos, apreciaciones e ideas.

Cabe la posibilidad de que ante la presencia de una obra de arte considerada bella (por los expertos) resulte que no es de nuestro agrado; tal puede ser el caso de una pieza de música clásica de un reconocido compositor que nos deje indiferentes o aburridos y con deseos de escuchar alguna canción de géneros como pop o reggaetón, que los expertos en música considerarían de mala calidad. Entonces, tenemos que preguntarnos por qué la pieza de música clásica es bella y la canción de reggaetón no lo es.

La pregunta general es: ¿qué características generan belleza en los objetos que así se consideran, mientras que otros

objetos que carecen de ellas se consideran feos? En otros términos: ¿en qué consiste que algo sea bello? Se han dado diferentes respuestas a esta pregunta a lo largo de la historia del pensamiento filosófico y artístico.

En un principio, los filósofos antiguos se interesaron por la belleza como atributo del ser y del cosmos. También los poetas como Homero y los escultores como Praxíteles, se interesaron por comprender la belleza y por expresarla en sus creaciones artísticas. En la Ilíada, Homero justifica la guerra de Troya por la "irresistible belleza de Helena", a pesar de que ella misma provocó la guerra, puesto que para él lo bello consiste en la luminosidad, es decir lo que resplandece y deslumbra la vista. Praxíteles presentaba en sus esculturas una belleza ideal del cuerpo humano, efectuando una síntesis de cuerpos vivos en la que se expresa una belleza que armoniza alma y cuerpo (Eco, 2006, pág. 45).

De acuerdo con la mitología, el dios Zeus determinó las reglas que los antiguos griegos sostuvieron sobre la belleza expresadas en una armonía precisa y mesurable, en el orden que pone límites a la *hybris* (insolencia) y al caos (Eco, 2006, pág. 53).

Posteriormente, en la Edad Media, los pensadores que se ocuparon en comprender la belleza retoman ideas de los antiguos y las combinan con la doctrina cristina, de manera que sostienen que la belleza del mundo que nos rodea es generada por Dios, pues ella es uno de los atributos divinos.

Después, en la filosofía moderna, se entiende que la belleza es producida por el ser humano a partir de su libre elección, como sucede en la producción de las obras de arte; y en esta época surge la estética como una disciplina filosófica autónoma que reflexiona sobre la belleza y el arte (Biosca, 2005, pág. 552).

¿Por qué es importante la belleza para la filosofía? Desde los inicios del pensamiento filosófico la belleza se concebía como un elemento que daba orden, medida y racionalidad al mundo a nuestro alrededor. El pensamiento posterior a la antigüedad griega entenderá la belleza desde diversos puntos de vista.

¿Qué concepciones de belleza desarrolló la filosofía a lo largo de la historia? De acuerdo con Henckmann y Lotter (1998), en la Edad Media se piensa lo bello desde una visión cristiana. Se entiende la objetividad de lo bello y a Dios como su causa. La belleza sensible es reflejo de la belleza de Dios y el mundo y su belleza son causados por Dios. El arte de la escultura y pintura en las catedrales góticas es expresión de la teología de la belleza medieval.

El Renacimiento en Italia concibe al arte como el lugar de la belleza por excelencia, pues en él se presentan la perfección y la armonía del mundo. Para los pensadores y artistas renacentistas, el arte se propone trascender la visión superficial e ir a lo bello originario, expresando la belleza ideal en atributos como la unidad, el orden, la simetría y la claridad.

En la Ilustración el concepto de belleza se une al de subjetividad del ser humano; así por ejemplo, en Kant las condiciones del juicio estético dan las bases para la autonomía del arte.

En la Edad Moderna algunos filósofos, como Hegel, entienden a la belleza como unidad de idea y apariencia, de contenido y forma, siendo un ejemplo de esta conjunción el arte griego que presenta la figura humana perfecta como apariencia sensible de lo divino. De acuerdo con Hegel la belleza en la antigüedad griega es norma absoluta.

En tiempos más recientes, el concepto de belleza es criticado por diferentes pensadores, como Nietzsche, y progresivamente se manifiesta como inapropiado para el arte y para representar la vida. Así, en lugar de la belleza se toman en cuenta las categorías de lo sublime, lo cómico, lo grotesco e incluso lo feo, llegando lo bello a desaparecer parcialmente del lugar del pensamiento que le había sido dado en la reflexión estético-filosófica.

En conclusión, la belleza es algo con lo que podemos convivir cotidianamente bajo distintas presentaciones en el mundo que nos rodea. A lo largo de la historia se ha generado una diversidad de concepciones acerca de la belleza. Lo bello puede encontrarse en cualquier elemento del mundo, y cada quien tiene su propia apreciación de la belleza, reflejada en los gustos. Ello explica la dificultad al tratar de encontrar una definición única de belleza.

El concepto de belleza ha experimentado cambios a lo largo de la historia del pensamiento filosófico y artístico, llegando incluso a diluirse o desaparecer en nuestros días. Es decir, en tiempos pasados (Grecia antigua, Renacimiento) la belleza fue importante para filósofos y artistas, en el presente su importancia ha disminuido o desaparecido en la filosofía y en el arte contemporáneo.

Cambio

Ana Lilian Rodríguez Villafuerte
Plantel Francisco J. Múgica

"Ser y dejar de ser, para poder seguir siendo."

Detente un momento a observar lo que ocurre a tu alrededor, lo que ocurre en tu propio cuerpo. Todo cambia constantemente, la sociedad, la naturaleza, las personas. Pareciera que el cambio es lo único que permanece constante.

El cambio, a pesar de ser algo cotidiano, genera intranquilidad e incertidumbre; porque es algo que escapa a nuestro control y no podemos saber con seguridad a dónde nos lleva, qué puede surgir al momento siguiente.

Dependiendo de cada situación y momento de nuestra vida, a veces nos gustaría que las cosas permanecieran como están. Otras veces preferimos que cambien. Pero esto no depende de nosotros, sino de la naturaleza de las cosas y de las relaciones.

Pensemos en algunos ejemplos: Para que nazca una flor es necesario que exista una semilla, y que muera para dar paso a una planta que se va transformando hasta que es capaz de dar flores. Si la semilla permanece siempre como semilla, no hay planta, no hay flor.

Desde que naciste hasta hoy ¿cuántas transformaciones ha sufrido tu cuerpo? Todas estas transformaciones han sido necesarias para que llegaras a ser lo que eres hoy. Pero todavía te falta mucho por crecer y cambiar.

Con todo esto podemos afirmar que la realidad no es como una fotografía estática de cosas que no se mueven y no cambian. Al contrario, todo está en constante cambio.

Esta cuestión del cambio ha interesado a muchos filósofos a lo largo de la historia. Algunos han visto el cambio como algo natural y otros han dicho, por el contrario, que el cambio es sólo una apariencia que impide llegar a la verdad.

Vayamos entonces por partes y analicemos cada una de esas perspectivas.

La idea de que todo cambia la encontramos ya desde las filosofías orientales[1], ellos proponen que la armonía del universo se da gracias a la lucha de contrarios que generan el cambio y la transformación de las cosas. El día y la noche, la vida y la muerte, lo masculino y lo femenino, son ejemplos de cómo los contrarios generan cambio y en cierto sentido armonía.

Entre los primeros filósofos griegos, los llamados presocráticos, encontramos a un personaje muy importante que defendió la idea del cambio, al que llamó también devenir. Su nombre era Heráclito[2], él decía: "En los mismos ríos entramos y no entramos, pues somos y no somos los mismos", refiriéndose a que cada vez que te metas al río, éste será distinto porque sus aguas fluyen y cambian, pero tú también cambias y de un día a otro, de un momento a otro tampoco serás el mismo.

[1] Con este término nos referimos a las diversas formas de explicar el mundo que se desarrollaron en el Este y Sudeste de Asia. Como ejemplo podemos citar el budismo, el taoismo o el confusionismo.

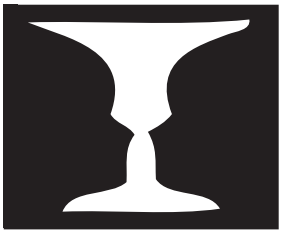
[2] Heráclito de Efeso (544 - 484 a. C). Era llamado "El oscuro" por lo difícil que era interpretar su pensamiento. De su obra sólo se conservan algunos fragmentos. Sus ideas filosóficas las conocemos gracias a testimonios posteriores.

Dé clic para pasar la página

A esta idea del cambio y de la lucha de contrarios se le llama en filosofía también dialéctica y fue retomada por filósofos tan importantes como Hegel[3] y Marx[4] para desarrollar su visión sobre la naturaleza, la historia y la sociedad.

Pero no todos están de acuerdo con el cambio; porque si todo cambia, ¿cómo podemos llegar a definir lo que son las cosas?, y ¿cómo podemos llegar a la verdad?

Aquí nos referiremos a Platón[5] como un representante importante de esta corriente que niega el cambio. Platón dice que sólo podemos conocer con precisión lo que no cambia, lo que no se mueve, lo que permanece siempre igual. Por eso llega a la conclusión de que sólo podemos conocer la verdad mediante la razón; los sentidos nos engañan y sólo nos permiten tener una opinión, siempre dudosa, de la realidad.



Para resolver este problema Platón inventó el mundo de las ideas. Platón decía que había dos mundos: uno es el mundo sensible, en el que nosotros vivimos y en el que todo cambia, por eso en este mundo sensible es imposible el conocimiento; en cambio existe otro mundo, el de las ideas, en donde se encuentra la verdad.

Platón propone que en el mundo de las ideas están los moldes originales y verdaderos de las cosas. Así por ejemplo nos podemos dar cuenta de que ningún ser humano es igual a otro, sin embargo, somos capaces de reconocer a un ser humano cuando lo vemos gracias a que nuestra alma conoce la idea original, el molde que sirve para identificar a los seres humanos a pesar de sus características distintas como la raza, la estatura o el género.

Aquí es interesante conocer lo que pensaba Aristóteles[6] al respecto, para considerar cómo intentó resolver el problema del cambio.

Aristóteles fue discípulo de Platón, y aunque respetaba mucho a su maestro, no estaba de acuerdo con su propuesta. Consideraba que plantear la existencia de un mundo de las ideas era algo que sólo venía a complicar las cosas.

Aristóteles propone que a través de la capacidad racional, los seres humanos somos capaces de reconocer la esencia de las cosas. Es decir, que por más que las cosas cambien, hay algo que las define y permite distinguir lo que cada cosa es. Pero eso que las define, la idea, no está en otro mundo, sino que lo construimos gracias a nuestra capacidad de pensar.

---

[3] Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770 – 1831), filósofo representante del idealismo alemán. Con su concepción de la dialéctica revolucionó el pensamiento filosófico de su época.

[4] Karl Marx (1818-1883) pensador socialista de origen alemán. Creador del materialismo histórico según el cual las fuerzas económicas constituyen la infraestructura que determina en última instancia los fenómenos "superestructurales" del orden social, político y cultural.

[5] Platón (427-347 a.C.) filosofo griego, considerado uno de los pilares de la filosofía occidental. Fue discípulo de Sócrates, quien tuvo una influencia definitiva en su pensamiento que conocemos a partir de sus Diálogos.

[6] Aristóteles (384-322 a.C.) Filósofo griego, discípulo de Platón. Rechaza las teorías de su maestro, desarrolla su propia filosofía en la que parte de la observación de la realidad. Su influencia ha sido definitiva en la historia de la filosofía y la ciencia de occidente.

Si yo te digo la palabra perro, con toda seguridad comprendes de lo que estamos hablando y es posible que te imagines a un perro determinado. Pero aunque los perros sean de distinta raza, distinto tamaño y color, podemos reconocer las características que hacen que un perro sea perro y no lo confundimos ni con un gato ni con una lagartija.

Aristóteles acepta el cambio, pero afirma al mismo tiempo que hay algo que no cambia y a eso lo llama *esencia*.

Con lo explicado hasta ahora seguramente podrás comprender por qué el cambio es un concepto importante en la filosofía. Como ves, hay distintas perspectivas en torno a él. Sería interesante que te hicieras algunas preguntas acerca del cambio para conocer cuál es tu punto de vista.

¿Te habías puesto a pensar en el cambio?

¿Por qué el cambio puede generar miedo o incertidumbre?

¿Podríamos pensar en una realidad en la que nada cambie?

¿Con cuál de las diferentes teorías revisadas estás más de acuerdo?

¿Qué aspectos positivos representa el cambio?

¿Qué aspectos negativos representa el cambio?

¿Te gusta que las cosas cambien?

Para conocer más sobre la historia de la filosofía te recomiendo que visites esta página: **http://www.webdianoia.com**

Crimen

José Luis Solís
Plantel Ignacio M. Altamirano

Un crimen es la acción humana llevada a cabo para dañar o quitar la vida a alguien, y se manifiesta de manera contundente, con la muerte de la persona sobre quien se inflige el daño. El acto criminal tiene una larga historia en el ámbito de la humanidad, y se ha presentado tanto en las antiguas comunidades primitivas, como en las distintas civilizaciones hasta llegar a la actualidad.

Por ejemplo, Apolo mató con sus flechas a la serpiente Pitón cuando ésta, azuzada por los celos de Hera, perseguía a su madre. Luego, Zeus castigó a Apolo, quien tuvo que purificarse de tamaño crimen. Luego, Apolo usurpó el templo de Delfos, lugar donde la serpiente Pitón servía de oráculo.

Como una continuidad de lo ocurrido con Apolo, el oráculo de Delfos predijo a Edipo que mataría a su padre y se casaría con su madre; quiso evitar su destino y terminó confirmándolo. La maldición de su crimen persiguió a su familia: sus hijos, Etéocles y Polinices entran en conflicto, ambos mueren y sólo el primero es sepultado con honores, mientras el segundo, por mandato de su tío Creonte, no tendrá ningún entierro. Antígona, hija de Edipo, confrontará las leyes de los hombres y dará digna sepultura a su hermano, aunque para ello tenga que sacrificar su vida. Tal es la tragedia edípica.

En otra parte del legado griego, Agamennon sacrificó a su hija Ifigenia, ofreciéndola a los dioses, para obtener la victoria en la guerra contra Troya. Clitemnestra, su esposa, no pudo soportar tal acto y cobró venganza al confabularse con su amante Egisto, para asesinarlo cuando aquél volvió triunfante de la guerra. Orestes, el hijo de ambos, a su vez, hubo de matar a la madre para vengar la muerte del padre. Dice a Egisto: “Para todo el mundo debiera aplicarse esta justicia. A todo el que ose quebrantar las leyes, muerte. No serían tantos los criminales” (Sófocles, 1984, p. 286).

¿Cuántos crímenes se han cometido por honor, supuesta justicia, o vana venganza? Se acusa a Medea de asesinar a sus hijos, lo mismo que a la prometida de Jasón y su futuro suegro, Creón. Anteriormente es señalada por descuartizar a su hermano Apsirto. ¿Así ocurrió tal acontecimiento? Posiblemente sí, o posiblemente no, todo depende del cristal a través del cual se lea la tragedia.

¿Puede el crimen ser fundador de la cultura? Caín mató a su hermano Abel porque Dios tuvo preferencia por la ofrenda de este último. Sus descendientes fueron condenados, pero la cultura hubo de surgir de su familia: “La domesticación de animales, la música y la técnica surgieron a partir de Caín y de su estirpe. (Génesis, 4-20-22)” (Girard, 2006, p. 68). Rómulo asesinó a su gemelo Remo, y la fundación de Roma tuvo lugar.

¿Y los crímenes cometidos por simple aburrimiento, abulia o falta de sentido? El asesino de niños, Gilles de Rais, fue un noble caballero que compareció ante la Inquisición el 22 de octubre de 1440. Una vez terminada la guerra –donde combatió junto con Juana de Arco– se dedicó a sus prácticas criminales; según el acta de acusación fueron ciento cuarenta niños asesinados, de entre ocho y quince años. Aunque se arrepintió de sus actos, no pudo explicar la naturaleza de los mismos.

¿Pueden los criminales poseer cierto aliento artístico para sus actividades? Marcel Schwob, en su ensayo “Los señores Burke y Hare, asesinos”, alaba la capacidad creativa del asesino, a su vez que destaca el interés del mismo por conocer los mínimos detalles personales de la víctima. Lo que se observa, es una peculiar manera de querer realizar aquello que se encuentra entre lo prohibido y la ilegalidad. Dice al respecto: “El señor Burke parece haber puesto en su obra la fantasía maravillosa de la isla verde donde había nacido. Su alma debió de estar empapada en los relatos del folklore.

Dé clic para regresar la página

Hay, en lo que hizo, como un remoto relente de las *Mil y una noches*. Semejante al califa que deambulaba por los jardines nocturnos de Bagdad, deseó misteriosas aventuras, pues era curioso de relatos desconocidos y de personas extranjeras" (Schwob, 1980).

¿Se puede llamar criminal a quien sólo sueña con matar sin cumplir con esta práctica inclemente? En el libro *Gog*, de Giovanni Papini, el personaje desea poseer un instinto homicida que, para su mala fortuna, no puede obtener. Debe conformarse con suplir sus ansias asesinas practicando con fantoches y sacos rellenos de pintura roja. Sin embargo, reconoce que no es lo mismo, que le hace falta el grito, el estremecimiento, el sentido de lo irreparable, la autenticidad.

¿Cómo se puede entender el nexo que establece el criminal con su víctima? Thomas De Quincey, en *Del asesinato considerado como una de las bellas artes*, habla sobre ese vínculo invisible que establece el asesino Williams –que se mueve con pisadas de humo, la cara pálida y el pelo de un asombroso amarillo anaranjado– con sus víctimas, semejante al de un depredador con su presa, y donde la víctima cede ante el encanto inicial que tiene el asesino y, para su desgracia, no puede evitar escapar a ese dominio.

Julio Cortázar retoma esta idea en "Relaciones sospechosas", de *La vuelta al día en ochenta mundos*: narra una situación en la que se vio involucrado, mientras viajaba en el autobús 92. Subió un personaje extraño, de sobretodo y sombrero negro, y los pasajeros que quedaban comprendieron que el miedo se había instalado de modo imperceptible y fugaz.

> *"No sé describir una cosa así; era un aura, una irradiación de mal, una presencia abominable. El hombre del sobretodo negro, con el cuello subido tapándole la boca y la nariz, y el ala del sombrero sobre los ojos, sabía o quería que eso fuese así; en ningún momento miró a nadie, pero era todavía peor, la amenaza que emanaba de esa incomunicación se volvía tan insoportable que los pasajeros estábamos como unidos y a la vez indefensos, esperando cualquier cosa" (Cortázar, 1972, p. 87).*

¿Se puede absolver a quien efectúa un crimen y justifica socialmente su proceder? Raskólnikov, principal personaje dostoievskiano de *Crimen y castigo*, considera que es preferible asesinar a una persona de reprobable reputación (como una usurera) que soportar la pobreza e indigencia en que se hallan miles de personas. ¿Para qué asombrarse por los crímenes cometidos de Jack el Destripador si durante esa época las condiciones de vida de las prostitutas eran demasiado perniciosas? "El desempleo, la miseria, el despotismo social, no dejaban a esas mujeres otro reino que el de la ginebra, las enfermedades venéreas o el cuchillo" (Cortázar, 1972, p. 103).

¿Luego de este breve paréntesis histórico-literario, cuántos tipos de crímenes podemos identificar? Múltiples, como estrellas habría en el firmamento. Homicidio es el crimen o asesinato de un hombre en concreto. Parricidio, es el asesinato del padre, como el ejercido por Edipo contra Layo. Infanticidio, la muerte del infante, como Layo pretendió hacer con Edipo de niño. Feminicidio, la muerte de mujeres, como lo que ocurre en Ciudad Juárez y varios estados del país. Matricidio, la muerte de la madre, como el que Orestes realiza contra Clitemnestra. Fratricidio, el crimen contra hermanos, como la muerte de Arpsito por su hermana Medea, o la muerte de Abel por Caín, o de Rómulo por Remo. Magnicidio, la muerte de un jefe de Estado; feticidio es la muerte del feto; uxoricidio es la acción criminal que realiza un esposo contra su consorte; regicidio, la muerte del rey; genocidio, la muerte de miles de personas, sea pueblo o grupo nacional, étnico, religioso; suicidio, la muerte voluntaria, como Sócrates tomando la cicuta; ecocidio, el aniquilamiento de la naturaleza.

¿Podemos escapar a esta lista de horror y tragedia? Pareciera que no. ¿Qué otros crímenes hay? Tantos más como la convivencia entre humanos lo permita: crímenes de guerra, de Estado, contra la humanidad, por encargo, por error, por locura, contra el alma, en fin, una larga enumeración que irrita y exaspera porque no podemos hacer nada contra la muerte, mucho menos contra quien la invoca o la provoca. ¿Podemos permanecer impasibles y ajenos a este tipo de

sucesos en apariencia irracionales? ¿Es el crimen realmente irracional? ¿Cuál es nuestra tarea como seres humanos, al grado que valoramos la vida y podemos esperar que los demás actúen de la misma forma? ¿Por qué el crimen se manifiesta a lo largo de la historia? Tantas preguntas, otras tantas respuestas sin resolver.

Las variedades del crimen se muestran diversas y adversas. La naturaleza humana se presenta compleja e insatisfecha consigo misma. El mal permea la cultura y pareciera necesario. ¿Por qué no puede predominar el bien y los buenos deseos? El hecho es que el mal y el crimen existen y no puede ser de otro modo. No estamos en el mejor de los mundos posibles, a despecho de lo que sostenía Leibniz. ¿Por qué? Porque la naturaleza humana, dice Juliana González, requiere del ejercicio de la libertad existencial, lo mismo que su negación; tanto la virtud como el vicio, la afirmación y la negación de la acción son expresiones del ser libre del hombre, es decir, el bien y el pecado son expresiones de su libertad constitutiva. “En este sentido, el ‘pecado’, el ‘mal’, la esclavitud moral y la traición del hombre a su propia condición son testimonio indudable de la libertad y no sólo lo son las expresiones existenciales de la excelencia humana cumplida” (González, 1980, p. 12). La libertad es nuestro anhelo, pero también puede ser nuestra condena. Faulkner diría que “ningún hombre es libre nunca y probablemente no podría soportarlo si lo fuese” (Faulkner, 2008, p. 100).

Cuerpo

Alejandra Chio Bazany
Plantel Benito Juárez

¿Te has preguntado qué es el cuerpo, qué es tu cuerpo? Te encuentras frente al espejo. Acabas de despertar, todavía traes las imágenes de los sueños en la cabeza. ¿Qué ves? Sabes que ese que está ahí sigue siendo tú. Te desperezas, estirándote con un enorme bostezo. Con un dedo te limpias las lagañas, te miras a los ojos. ¿Recuerdas la frase que dice que los ojos son el espejo del alma? Te quedas un rato mirándote, a ver si la encuentras. Al cabo de un rato, ya más despierto, te observas de pies a cabeza, reconociendo lo que sabes que eres, ¿cómo lo sabes? Ahí tienes un cuerpo que te mira, un cuerpo que sabes que es tuyo.

¿Es tuyo el cuerpo que ves en el espejo, o tú eres ese cuerpo? ¿Es posible ser allá -en el espejo- y aquí -en tu cuerpo-? La razón te dice que no puedes estar en dos lugares a la vez. Eres materia. Sabes que estás aquí porque te estás viendo, porque percibes tu corporalidad en pijama, porque escuchas el ruido de allá afuera, y hueles el aroma de un café recién hecho; sientes ese sabor metálico en la boca; sabes de tu cuerpo al moverte; sabes que este eres tú, que tú eres este cuerpo.

¿Qué es el cuerpo? ¿Qué es lo que pregunto cuando hago esta pregunta? ¿Para qué preguntarse por el cuerpo? ¿Conoces tu cuerpo, lo escuchas, lo entiendes, lo disfrutas; o lo ignoras, lo sufres, lo escondes, lo niegas?

Hablar del cuerpo es hablar del ser portador del cuerpo, o si lo prefieres, del cuerpo portador del ser. Preguntar por el cuerpo es llevar la reflexión un poco más allá de la explicación sobre su estructura y sus funciones; es preguntar a la experiencia humana, al espacio social y físico donde experimento mi corporalidad. Tracemos aquí algunas guías para nuestra reflexión y consideremos el cuerpo como materia, como percepción, como representación, como experiencia.

La imagen que ves en el espejo no eres tú, lo sabes porque tú estás aquí parado. Aristóteles decía que todo cuerpo ocupa un lugar en el espacio (Aristóteles, 1995). Ahí donde decimos *cuerpo*, decimos *vida*, pues el humano es un organismo que posee un metabolismo, emociones, movimiento, sensación, espíritu, y que percibe el mundo a través de los sentidos.

Aunque ya estás completamente despierto, te preguntas qué pasaría si esto que estás viviendo y que crees que es la realidad, no fuese más bien un sueño. Te pellizcas el brazo para asegurarte de estar despierto, el dolor que experimentas te convence de que efectivamente lo estás, lo sabes porque lo sientes. Pero una duda te ataca: ¿y si los sentidos me engañan haciéndome creer que estoy despierto?

A Descartes le sorprendía la virtud que tienen los sueños de parecer reales, y, como a ti, con frecuencia le asaltaba la duda sobre la veracidad de los sentidos. “¿Cómo sé que lo que veo es real?” se preguntaba, al ver cómo iba extinguiéndose la cera que antes había sido una vela. Descartes planteó un dualismo entre la mente y el cuerpo. Él decía que la mente es una cosa que piensa, y el cuerpo, una cosa extensa, una cosa que es en el espacio, y de ningún modo puede acercarnos a la verdad porque los sentidos nos llevan a engaños.

¿Y si no pudieras ver tu corporalidad en el espejo, dirías que no estás aquí? Es precisamente tu corporalidad, tu materialidad la que te da la certeza de estar aquí ocupando un lugar en el espacio. Maurice Merleau-Ponty (2000) consideraba que todo cuerpo, además de habitar el espacio, habita también el tiempo. Este filósofo estaba de acuerdo con algunas ideas de Henry Bergson, para quien “poseer un cuerpo es poseer un presente”, o sea, que tu presente consiste en la consciencia que tienes de tu cuerpo. Extendido en el espacio, puedes experimentar esa sensación de alivio, mientras realizas movimientos para estirarte.

A través del espejo miras el reloj colgado en la pared. Pasa un avión y el sonido llena todos los rincones del cuarto. Tu mirada recorre el pedazo de habitación que alcanza a reflejarse en el espejo. Te miras en este marco, sientes tu corporalidad, es decir, tu materialidad. Eres materia en tanto que ocupas un lugar en el tiempo y en el espacio, o mejor dicho, eres en tanto que *el cuerpo es tiempo y espacio*.

Consciente de que eres materia espacio-temporal, tu ser te recuerda su condición biológica, y corres al baño. Ahí sientes otra temperatura, la luz y los olores son diferentes. Eres un cuerpo que percibe. Si bien la existencia espacio-temporal es la condición primordial de toda percepción viviente, aprehendemos el mundo y nos apropiamos de él a través de los sentidos. Para Immanuel Kant, el tiempo y el espacio son dos condiciones a priori que nos permiten dar orden a la información que nos proporcionan los sentidos, pues de otro modo, el flujo de información, es decir, todo lo que percibimos, entraría en nosotros sin ningún orden.

Mientras te lavas los dientes, escuchas que tocan a la puerta. A lo lejos te llegan las voces de tu hermana y otras personas; alcanzas a escuchar que traen la palabra de dios. Te acuerdas de ese pasaje bíblico que refiere la experiencia de Tomás, uno de los apóstoles, quien dejó para la posteridad la frase “ver para creer”, con la cual planteó un criterio de verdad basado en la percepción sensorial, y que hasta hoy lo escuchamos en el habla cotidiana. El apóstol no creía en la resurrección de Jesús: “Si no veo con mis propios ojos y si no toco yo mismo sus heridas, no podré creer que está vivo”. Días después, Jesús resucitó, entonces Santo Tomás creyó. Aquí los sentidos –concretamente el tacto y la vista- vienen a ser una manera de determinar la verdad de la existencia.

¿Te has preguntado cómo se lavaban los dientes en la Edad Media, cómo se bañaban; se rasuraban; usaban jabón? Las prácticas de higiene corporal varían de una época a otra. Por ejemplo, Jaques Le Goff nos cuenta que en muchas ciudades de la Europa medieval había baños públicos llamados casas de baño. “En las casa de baño o bien en la cama, los hombres y las mujeres de la Edad Media no rechazaban la desnudez” (Le Goff y Troung, 2005, pág. 121). Las normas higiénicas dependen en buena medida de las representaciones que cada sociedad se haga del cuerpo, mientras que en la Edad Media era de lo más normal exhibir la desnudez del cuerpo en lugares públicos, en las sociedades actuales, como la nuestra, no existe ningún equivalente de esas prácticas, el baño es una cuestión privada, no pública.

Sales de la regadera y te miras en el espejo. Te ves diferente, te sientes un poco pasado de peso, te propones hacer una rutina de ejercicios para recuperar tu anterior figura. Recuerdas la foto que hace poco viste, donde una modelo anoréxica posa con una actitud sexi, exhibiendo su carne pegada al esqueleto. ¿Cuál crees que sea la representación que esa modelo tenga de su cuerpo? ¿Crees que el hecho de estar delgado o pasado de peso es o ha sido una preocupación común para todas las sociedades? Recuerdas entonces aquella otra fotografía de unos niños de África, en la que también ellos muestran su esqueleto envuelto apenas por una delgada capa de carne; a diferencia de la modelo, la corporalidad de estos niños más parece la de una fuerte lucha por seguir viviendo, y seguramente ni siquiera se detienen a pensar en la representación de su cuerpo, no les interesa estar flacos o gordos.

Te duele el cuello, a lo mejor porque dormiste en una postura incómoda. ¿Te duele tu cuello o te duele el cuello? ¿Has escuchado a alguien decir que le duele su cuerpo, o quizá tú mismo lo has dicho alguna vez? ¿Será correcto decir que este organismo que habitas, cuyo reflejo puedes mirar en el espejo, es de tu propiedad? Con frecuencia nos representamos nuestro propio cuerpo como si fuera algo aparte de nosotros, y no, nosotros mismos. Cuando nos duele en alguna parte del cuerpo, nos duele *el* cuerpo que *somos*, no *nuestro* cuerpo que *tenemos*. No *tenemos* cuerpo. *Somos* cuerpo.

El cuerpo como representación supone la construcción de ideas que definen, explican, valoran o juzgan el *cuerpo* en un contexto. Aquí cabe hablar de corporalidad en un contexto cultural, entendiendo corporalidad como la acción de ser cuerpo, y contexto cultural, como las condiciones espacio-temporales y social-históricas en las que vive y experimenta un ser humano. Ya decía Friedrich Nietzsche que el cuerpo es un constructo social, esto quiere decir que es una representación mental de una sociedad, una creencia socialmente aceptada, y como las sociedades se transforman, así las representaciones y las creencias sobre el cuerpo cambian según el momento y el lugar en las que surgen.

En la antigua Grecia, el cuerpo representaba valores estéticos. Para los pitagóricos, los requisitos de una buena forma del cuerpo humano era la justa proporción de la armonía, es decir, la simetría, ¿Cómo juzgarían los pitagóricos a la modelo de la foto?

Platón pensaba que el cuerpo también refleja virtudes morales, un cuerpo bello tenía que ser bueno. Siguiendo de cerca a su maestro Sócrates, veía al cuerpo como un impedimento para el conocimiento y la verdad. La percepción, los instintos, las emociones y todo lo que implica el cuerpo, debe ser controlado para podernos dedicar al ejercicio de la razón.

La tradición cristiana, basada en el pecado original, dio origen a un desprecio por el cuerpo, al cual se le suponía como una envoltura del alma, el depósito de las pasiones, a las que debíamos dominar, negándolas. El pecado original refiere a ese pasaje bíblico donde Eva y Adán comen del fruto prohibido, y ello motiva la expulsión del paraíso. Éste constituye el momento de la caída al mundo terrenal, la caída al cuerpo. El deseo por lo prohibido es castigado con la vergüenza de la desnudez, primera consciencia corporal; y así se inaugura una larga historia de culpabilidad. La caída al mundo nos humaniza, nos hace cuerpo, y con él las pasiones, emociones, sentimientos, y apetencias.

La filosofía que se desarrolló a finales de la Edad Media y especialmente en el Renacimiento, representaba el cuerpo como un microcosmos, reflejo del macrocosmos. La metáfora consideraba al cuerpo humano como una representación del universo, el hombre resumía en sí mismo al cosmos entero.

Cierra los ojos y piénsate como cuerpo. ¿Qué imagen se forma en tu mente al tratar de visualizar tu postura? ¿Cómo te representas tu corporalidad? ¿Te visualizas desnudo, o te imaginas vestido de determinada manera? Nacemos desnudos, con toda nuestra corporalidad expuesta, sin embargo, “pronto se nos recubre, no sólo de ropa, sino de las prendas metafóricas, de códigos morales, prohibiciones y sistemas de valor que ligan la disciplina a los deseos, la educación al control” (Porter, 1993. *Historia del cuerpo*, en Burke, 1993, *Formas de hacer historia*, pág. 285). Para Michel Foucault, el cuerpo es el objeto, producto y origen del poder, según él, tu cuerpo vive en una zona geográfica, política, con fronteras delimitadas, bajo la estricta observación del poder que te controla y te vigila.

Son innumerables las metáforas en torno al cuerpo. Ahora estás frente a la computadora. Te conectas a internet. Experimentas en carne propia la metáfora de *navegar en la red*. No es tu cuerpo el que entra a ese espacio virtual, sino una representación tuya. En los espacios digitales, como internet, tu cuerpo puede reproducirse y auto representarse con varias identidades a la vez, es decir, puedes intervenir por medio de múltiples representaciones.

El cuerpo como representación nos conduce inevitablemente a la idea del cuerpo experiencial, o sea, el cuerpo que experimenta emociones, pensamientos, que actúa todos los días, llevándonos de aquí para allá por el mundo. “Percepción y experiencia del propio cuerpo se implican una a otra” (Merleau-Ponty, 2000, pág. 147).

¿Qué implica la experiencia humana?

Te levantas de la silla, sintiendo una punzada en las lumbares. Tu cuerpo representado, por medio del cual interactúas en las redes informáticas, no está cansado, es sólo una representación de ti. El *cuerpo* es el yo que experimentas, que está animado, que tiene *anima: alma*. El alma es entendida como el aire que pone en movimiento o da vida a un cuerpo. Cuando alguien muere, se dice que exhala su último soplo de vida. La respiración es una acción que comienza con el ser cuerpo y termina cuando éste deja de ser, o se incorpora a la naturaleza, como materia que es. Respirar es la función más imprescindible del ser humano; es la expresión original del ser, el primigenio signo de la vida. ¿Eres consciente de tu respiración? La conciencia de que respiramos es el primer contacto con el cuerpo.

Para Merleau-Ponty, el cuerpo es una estructura experiencial, externa e interna; el cuerpo es el contexto de los mecanismos cognitivos. El cuerpo es una interfaz por medio de la cual el mundo entra en ti. En toda experiencia corpórea se pone en práctica una amplia gama de códigos higiénicos, morales, estéticos. Como las costumbres que

se siguen en el baño, en la cama, o en la mesa. La experiencia de bañarse en una tina dista mucho de bañarse en un río o bañarse bajo la lluvia. Algunos códigos morales funcionan como reguladores del cuerpo, y se expresan en la vestimenta, en las demostraciones de afecto en público (besos, abrazos), ya sea que las prohíban o las permitan.

Existen infinidad de reglas corporales que funcionan como reguladores de un buen comportamiento social. Este tipo de experiencias regulativas son frecuentes en la mesa. Por ejemplo, mientras que para algunas sociedades el acto de eructar es completamente normal como para algunos pueblos árabes, para la sociedad mexicana, eructar resulta políticamente incorrecto, máxime cuando se hace en la mesa, donde por cierto, debes seguir normas que establecen cómo debes colocar los brazos, el cuerpo, cómo debes comer y qué instrumento debes usar para ingerir los alimentos y bebidas -como cucharas, tenedores o la propia mano, vasos de cristal o jícaras de cáscara de coco.

Toda experiencia corpórea es afectiva, pues eres tú quien la experimenta. ¿Qué es entonces la experiencia humana? ¿Eres consciente de lo que ocurre aquí y ahora? ¿Eres consciente de tu corporalidad cotidiana, aun cuando ya no estés frente a un espejo?

Puedes controlar tu motricidad -caminar, comer, andar en bicicleta, etc.-, pero resulta difícil, si no es que imposible, controlar los movimientos de tus órganos, no puedes evitar que el corazón bombeé sangre a las venas, ni que la sinapsis –la unión entre neuronas- ocurra en tu mente, y aunque no todo el tiempo seas consciente de ello, sabes qué ocurre en tu interior, y que esos movimientos internos se expresan en el cuerpo que externamente haces actuar en el mundo.

En las primeras líneas preguntaba ¿qué sentido tiene preguntarse por el cuerpo? Apagas la computadora, es hora de irte. Por fin, después de un buen rato de estar chateando representándote como el más simpático, representándote como un chico fuerte y atlético (la foto de tu perfil data de hace un año, cuando tenías el hábito de hacer ejercicio), la chava que tanto te gusta aceptó salir contigo. Te sientes nervioso, no sabes muy bien cómo tienes que actuar, no es lo mismo mirar a los ojos a una persona cuando estás frente a ella que sólo leer sus palabras en la pantalla. Te sudan las manos, estás emocionado, pero decides aceptar todas las emociones que expresa tu cuerpo, mejor dicho, que expresas por medio del cuerpo. Tú eres cuerpo, tu cuerpo es tu ser y no algo aparte de ti. Contento, sales de tu casa con una sonrisa en los labios, la sonrisa que te provoca la certeza de saber, a partir de tu experiencia, que el sentido del cuerpo es el *ser* que eres.

Inducción:
El trébol de cuatro hojas y la aspirina

José Luis Bruno
Plantel Felipe Carrillo Puerto

Una creencia popular es que los tréboles de cuatro hojas conceden buena suerte a quien los porta o los encuentra. Otra creencia, respaldada por la ciencia, dice que al ingerir una aspirina desaparece o se reduce el dolor de cabeza. ¿Cuál es la diferencia entre creer que el trébol da buena suerte y creer que la aspirina elimina el dolor de cabeza? En cualquier caso hay una acción (el portar el amuleto o ingerir el medicamento) que tiene una consecuencia (la buena fortuna o quitar la jaqueca). En este sentido no hay diferencia en los dos hechos, hay una causa y un efecto. Entonces, ¿por qué debemos pensar que una creencia es más válida que otra? En este pequeño artículo analizaré *una* de las razones.

Supongamos que Emilio encuentra un trébol de cuatro hojas y lo porta por una semana, durante la cual suceden eventos que él considera de buena suerte (se encuentra un billete de $500, le da el sí la chica de su vida, y cuanto ustedes se quieran imaginar). Después, Emilio decide no llevar más su trébol, y durante ese tiempo su suerte fue igual que antes o peor (pierde su cartera, lo deja su chava por otro, y lo que quieran anexar). Nuestro personaje, después de ver lo ocurrido, toma el trébol y lo conserva cerca de él, y le va muy bien. ¿En este caso diríamos que el trébol es la causa de la buena suerte?

Análogamente, imaginemos que Regina cada vez que tiene un dolor de cabeza toma una aspirina y le es evidente que su dolor se reduce considerablemente. En ocasiones posteriores, a Regina le regresa esa jaqueca, pero decide no tomar ningún medicamento, y el dolor lo mantiene durante más tiempo. Ella sabe que la aspirina quita el dolor de cabeza. ¿Podríamos decir que el ingerir aspirinas es causa de reducir o eliminar el dolor de cabeza?

En el primer caso Emilio, sugestionado, cree que lo que le ocurre tiene relación con el trébol; o lo que ocurrió fue mera coincidencia; o pensar que efectivamente el trébol da buena suerte. Siguiendo la analogía y sin temer a una contradicción, de manera ingenua podríamos pensar que Regina, sugestionada, cree que el dolor de cabeza se quita con una aspirina (sin saber que lo que toma es un placebo); o que se redujo el dolor de Regina por coincidencia; o que realmente la aspirina es buena cuando se tienen esos dolores.

Si son observadores, se habrán dado cuenta que el problema central es la relación entre la causa y el efecto[1]. Esto es, ¿cuáles son los criterios que nos hacen decidir que algo es causa o efecto de cualquier otra cosa? Si tratamos de explicar cualquiera de los dos casos apelando a otras causas o efectos (pensando en qué cosa le da poder al trébol haciéndolo especial, o mostrando las relaciones bioquímicas de la aspirina en el cuerpo), no resolvemos el problema de por qué pensamos que algo es una causa. Pero no entremos más profundidades y regresemos al tema que nos atañe.

Como pudieron ver en líneas anteriores, parecería que la suerte del trébol y la mejora que produce la aspirina, están al mismo nivel. Es decir, a primera vista, podríamos asignar una explicación paralela a los hechos aquí expuestos. Así, algunos creen que el amuleto y la medicina son causa de suerte y salud respectivamente. No obstante, muchos no creen en la suerte del trébol.

[1] Es un tema milenario de la filosofía que lo puedes encontrar en casi todo filosofo que haya hablado del conocimiento. Aquí algunos clásicos: de Cicerón Sobre la adivinación y Sobre el destino, de Sexto Empírico Esbozos pirrónicos, de David Hume Investigación sobre el conocimiento humano, de Karl Popper Conjeturas y refutaciones, entre muchos otros.

Dé clic para pasar la página

Considérese la siguiente explicación. Sabemos que un evento está acompañado de otro, quizá de distinta clase, porque en el pasado frecuentemente los vemos acompañados. Un ejemplo que expone Bertrand Russell (en *Los problemas de la Filosofía*) es el hecho de asociar el relámpago con un trueno que se escucha después; como en el pasado siempre los hemos visto juntos, suponemos que en el futuro lo estarán. Haciendo una relación de causalidad. Si en el pasado observamos juntos dos eventos, podríamos atribuirles una relación causal.

Podíamos haber hecho eso con el amuleto y el medicamento, porque la relación causal, de acuerdo con Hume, no está definida en los hechos mismos, sino que los seres humanos, gracias a la imaginación, creemos que hay una relación de causa y efecto. No hay necesidad lógica que impida que en el futuro los eventos que vimos juntos, lo sigan estando.

Si revisan con cuidado, estamos abordando el problema de la inducción. La inducción en este caso es suponer que lo que ha ocurrido en el pasado, ocurrirá en el futuro. No me meteré en los problemas que enfrenta la inducción[2], sino en cómo regularmente la utilizamos para mostrar que alguna de nuestras creencias causales (sobre la causa y el efecto) es mejor que otra.

Puede ser que en el futuro la aspirina no le quite el dolor de cabeza a Regina (imaginando como causas a otros eventos) porque le surgió un tumor cerebral; o que a Emilio no le dé más suerte el trébol porque le hicieron "mal de ojo". En cualquier caso no podríamos decir categóricamente que "La aspirina siempre quita el dolor de cabeza" ni que "Cada vez que uses un trébol de cuatro hojas te dará suerte" porque podemos encontrar casos en los que no sucede. Lo más que podemos anhelar es que entre más veces ocurra en el pasado, es más probable que en el futuro vuelva a ocurrir. Mientras menos casos registrados se tengan de dos hechos juntos, menor es la probabilidad de que se encuentren juntos en el futuro.

Entonces, mientras más casos hayan donde se encuentren juntos el trébol y la suerte, más probable es que en el futuro el trébol y la suerte estén juntos. Mientras menos ocurra que al tomar una pastilla de aspirina disminuya el dolor de cabeza, menos probable será que en el futuro la aspirina quite ese dolor. Así que analiza las probabilidades y saca tus conclusiones.

¡Buena suerte!

[2] Entre los objetivos de este artículo no está la justificación de la inducción.

Palabra

Gudelia Espejo López
Plantel José María Morelos y Pavón

Imagina, lector, un mundo o una vida sin palabras en éste, tu tiempo...

Hoy, para expresarnos, tenemos imágenes, ya los hombres prehistóricos dan cuenta de ello, y la internet, no se diga. También contamos con los sonidos, los movimientos y los gestos. ¿Sería posible que sólo una manera determinara la expresión humana? Creo que no, pues una sola forma no es suficiente. Sin embargo, yo me inclino por las palabras, ya que están en estrecha relación con los sonidos y el ritmo en la poesía, o con los gestos, cuando hablamos; o con los rasgos pictóricos y las imágenes, al utilizar el pincel y la tinta. ¿Acaso sería posible expresar los pensamientos y sentimientos humanos, tan ávidos de socorrer con su sed la humedad de las bocas, el rastro de la tinta, la necesidad de escuchar a un otro, y el deseo por saber más?

Pero, ¿qué son las palabras? Algunos piensan que entre el lenguaje y la especie humana hay una evolución paralela, otros dicen que surgió en un "momento especial", en una especie de estallido. Jenofonte en el libro *Recuerdos de Sócrates*, dice que el hombre es un "animal hablante" o un "animal dotado de lenguaje". Y para otros, las palabras son un don de Dios. ¿Tú qué piensas?

En el siglo XX, el filósofo Bertrand Russell[1], se preguntaba: ¿qué es aquello que nos impulsa a usar determinada palabra? ¿Qué clase de conducta se estimula al escuchar, decir, leer o escribir una palabra? Para él, las palabras son la expresión del pensamiento y de los sentimientos humanos, y éstos, siempre se refieren a objetos. De otro modo, imagina, lector, unas palabras sin mundo o sin vida, ¿qué objetos nombrarían, ¿qué sentimientos expresarían?, ¿qué clase de palabras serían aquellas sin soporte, sin cuerpo, sin rostro para nombrar?

Desde el punto de vista lingüístico, la unión de fonemas, configura los morfemas, y éstos junto con sus iguales, diseñan palabras. La conexión de las palabras constituye frases, oraciones y enunciados; y cuando se vinculan éstos, dan como resultado los párrafos, que articulados, permiten la creación de textos[2].

Las palabras son la manifestación lingüística, voluntaria e inteligente del individuo. Es el acto de combinar y utilizar el código de la lengua, así como el mecanismo psicológico que nos permite expresar dichas combinaciones[3]. Cuando hablamos, escribimos, escuchamos o leemos, usamos palabras, y con ellas, mostramos intenciones, fines, objetivos, deseos y anhelos, proyectos, sentido del humor, entusiasmo estético, impulso histórico o propósito político, de acuerdo al modo como según nosotros confeccionamos el mundo a partir de concepciones propias, y según la situación.

---

[1] Bertrand Russell (1872-1970) cuyas Obras principales son: *Principios de matemáticas* (1910-1913), *Problemas de la filosofía* (1912), *Historia de la filosofía occidental* (1946).

[2] Mario Bunge en su *Diccionario de filosofía* dice que la palabra es el elemento del lenguaje ordinario o natural. Las palabras son letras o concatenaciones de letras de un idioma que constituyen el vocabulario de una lengua.

[3] Ferdinand de Saussure en *Curso de Lingüística General*, Edit. Akal Universitaria 1980, hace la diferencia entre el habla o parole, a la que nos referimos en el texto; la lengua, y el lenguaje. La lengua es adquirida y convencional; es un sistema de signos que expresan ideas, comparable a la escritura, al alfabeto de los sordomudos, a los ritos simbólicos, a las formas de urbanidad, a las señales militares. El lenguaje: tiene un lado individual y uno social; es un sistema establecido y una evolución, así como una institución actual y un producto del pasado.

Dé clic para pasar la página

Si un buen día, lector, amaneces con ganas de cambiar algo en tu mundo, no hay mejor modo para hacerlo que a través de las palabras. Porque ellas tienen la peculiaridad de nacer en el individuo, son momentáneas y portadoras de revolución. Leer, hablar, escuchar o escribir palabras, provoca impresiones, y a la vez, tiende a modificar nuestros hábitos lingüísticos, pero también de los otros. Nunca estarás solo, porque usar palabras siempre incluye a la colectividad y al mundo. Y siempre tendrás un lugar para habitar, más allá de las fronteras o los trozos de tierra rodeados de muros. Recordemos la historia de los judíos, quienes expulsados, perseguidos y exiliados, hicieron de un *texto*, la Torá, su patria, y les ha servido para preservar su identidad y hacerla fructificar.

Los individuos concatenan, hilan y tejen sus palabras, según códigos y reglas gramaticales, lógicas o retóricas, así como de acuerdo a ciertas prácticas, para conversar, convencer, disuadir, intercambiar ideas, llegar a acuerdos, emitir un juicio, afirmar o negar algo; sostener un punto de vista mediante argumentos; describir un momento, un objeto, un paisaje; narrar una historia, rememorar un hecho, llamar la atención, pedir auxilio, definir una circunstancia o preguntarse sobre el significado de las mismas palabras[4].

Hay cuatro formas de hacer presente a las palabras: hablar, escribir, oír o leer. Ellas remiten al conocimiento de los signos y determinados códigos, al sonido de las voces, al tono en la dicción y a las consecuencias éticas de su práctica. Pueden expresarse de forma coloquial o literaria, y en cualquiera de los casos, se sirven de signos y metáforas, con el fin de evocar en el entendimiento la idea de otra cosa, o para formar y embellecer conceptos e imágenes.

Pero, lo cierto es que el uso de la palabra es un don, más que una convención; es una dimensión inseparable del ser humano, más que un instrumento, porque si bien, utilizamos las palabras para transmitir y comprender los contenidos culturales; sobre todo, hablar, leer, escribir o escuchar, nos permite la apropiación del pasado y de la herencia cultural, la posesión del mundo que habitamos, al nombrarlo, y de la historia que hacemos estando junto a los demás seres humanos, en comunicación o lucha abierta. En consecuencia, usar palabras nos conforma en alfabetizadores.

Por otro lado, tomar la palabra implica responsabilidad, porque se elige introducir lo discontinuo en la continuidad del silencio, es el acto por medio del cual nos comprometemos a no otorgarle al silencio o a las palabras vacías su poder mortífero. Porque tomar la palabra significa la posibilidad de contribuir a la confección del mundo con una idea, con nuestra voluntad y con nuestras dudas. En ello va puesto nuestro sello personal, aún más cuando se trata de protestar, redefinir, afirmar o negar algo, o simplemente para darle dirección y sentido a nuestros actos, asumiendo las consecuencias que de ello se deriven.

Entre humanos, amigos, maestros, estudiantes, hermanos, hijos o vecinos, la palabra se da, se confiere, se otorga; es decir, se cede el turno a la expresión en sus variadas formas, es la postura del libertario: no excluir, no atacar, no coartar, no impedir al otro decir lo que piensa. También, damos nuestra palabra, eso nos define como seres de principios y valores humanos, pues con ella se establece el compromiso adquirido y se consigue fundar la confianza de nuestras intenciones.

En torno a la palabra, amigo mío –porque a estas alturas ya no sólo eres un lector anónimo o ideal–, hay algo muy importante que no debe escapar de nuestro pensamiento: la palabra tiene poderes, porque se considera que es capaz de crear el mundo, conjurar los malos presagios, ensalmar las exigencias de la pena, volver común las pasiones, revertir las coartadas del poderoso, vivificar y alentar las rebeliones, revelar los secretos, exaltar los corazones, palpitar en nuestro interior, romper fronteras, atravesar océanos de tiempo, abrir las puertas a la intimidad, conformar horizontes, volcar las utopías en la realidad, empujar a los amigos y vigorizar las acciones.

---

[4] Funciones de la lengua: Expresiva o emotiva: Muestra la actitud del hablante ante lo que está comunicando. Apelativa o conativa: Sirve para llamar la atención del receptor o destinatario. Referencial o denotativa: se centra en el contexto o referente y define las relaciones entre el mensaje y el objeto al que se refiere. Fática o de contacto: Sirve para establecer, prolongar o interrumpir la comunicación. Creativa o poética: La atención del emisor se centra en el mensaje por el mensaje, no en lo que se dice, sino en cómo se dice. Metalingüística: Es la que se produce cuando el emisor y el receptor desean constatar que están utilizando el mismo código. Hablan sobre le lenguaje mismo.

La palabra o logos, según el *Diccionario de símbolos*, es el primer elemento en el proceso de la manifestación, tanto como el llanto o el grito en el nacimiento, porque representa el sonido sagrado de toda la creación, pues contiene una fuerza engendradora, procreadora y originaria. Tal idea, no nos es extraña dada nuestra tradición judío cristiana, pues nos recuerda el Génesis, donde encontramos la siguiente aseveración: "En el principio fue el verbo", y según nuestro origen prehispánico Quetzalcóatl crea el mundo al decir la palabra "Tierra", habiendo en otras culturas relatos semejantes. Su importancia radica en el poder mágico, asombroso e indestructible de la creación[5].

Querido amigo y lector, te diré que las palabras son también hechos singulares y, sobre todo, nuevos cada vez que se repiten. Porque una palabra siempre está en un contexto, en un universo, dentro de una historia, en una isla poblada por personas, signos y objetos que permiten combinaciones infinitas en el tiempo y que sirven para explicar, para mostrar la complejidad del pensamiento, para replicar lo que otras palabras exigen y para dejar por sentado que no hay sobreentendido tácito impune.

Como un último referente, y sólo para dar pie al largo camino de tu reflexión, es importante mencionar lo que en el Siglo XIX, el médico Sigmund Freud[6], aportó al mundo de las palabras dichas por los seres humanos, con su interesante método llamado psicoanálisis. Ya que según él: "las palabras de nuestro hablar cotidiano no son otra cosa que unos ensalmos desvaídos." El objetivo del médico de Viena se centró en devolver a la palabra su antiguo y original poder curativo. Porque al hacer análisis usando las palabras el individuo se libera de la angustia, y mediante ellas, expresa el estado de su *psique*, la condición de su ánimo y la circunstancia de su alma. No olvidemos que cuando un individuo habla haciendo análisis, refleja el modo según el cual elabora sus afectos, transmite su historia, simboliza sus logros u obstáculos, encarna sus metas y el nivel de represión; además, advierte las rutas de su emancipación y deja la huella de su propia transformación.

Y sabes, amigo mío, respecto de las palabras escritas, he de confesar mi amor y mi agradecimiento absoluto, porque sin ellas, mi mundo adolescente se hubiera derrumbado, y mi camino habría desaparecido, de tanta mala hierba que lo rodeaba entonces.

Como sabrás, el caso de las palabras escritas, es un hecho relativamente nuevo para el hombre, ya que su origen se remonta a 5000 años atrás aproximadamente, los vestigios encontrados nos remiten al gran valor que éstas han representado para la historia de la humanidad, tanto como el descubrimiento del fuego o el de la agricultura.

Las palabras escritas han dado cuenta del tránsito de la tradición oral a la conciencia histórica, hasta conformarse como la base del desarrollo de la conciencia humana, del intelecto, de la comprensión de sí mismo y del mundo que nos rodea, y en un sentido amplio, han sido el fundamento del pensamiento crítico y analítico. Aún más, han servido para sostener, almacenar y difundir conocimientos, así como impulsado la creación de instituciones culturales que posibilitan la enseñanza y el aprendizaje para un gran número de personas. Cosa que anteriormente sólo pasaba de memoria a memoria, y de persona a persona.

Las palabras nos permiten expresar sentimientos y pensamientos humanos, son un elemento muy valioso de comunicación humana y de transmisión de saberes, pero siempre junto con una base relevante: la del autocultivo necesario para el desarrollo de las potencialidades humanas.

[5] Hu es la personificación divina de la capacidad creadora de la palabra en el antiguo Egipto. En la cosmogonía Menfita, en un documento del siglo XIII a.C, Ptah quien es el Dios supremo y creador del mundo, pues éste se inicia cuando todas las cosas, que existen con anterioridad en el pensamiento de Ptah, son concebidas en su corazón y asumen una existencia objetiva cuando son pronunciadas por su lengua

[6] Sigmund Freud, Tratamiento psíquico (tratamiento del alma), (1890), en Obras completas, Vol. I, Amorrortu.

[7] Wayne Senner (comp), Los orígenes de la escritura, Edit. Siglo XXI, 221 págs.

¿O no te parece que las palabras escritas encontradas en hueso, roca o papiros son la huella de un arte peculiar? Para mí, expresan el arte de vivir y de contar lo vivido, para no olvidar. Según Dionisio el Tracio[7], gramático del siglo I a. C., las letras se llaman así porque están formadas por líneas y rascados, tanto como para Homero, o para el vocablo islandés antiguo, donde escribir significa rascar, pintar, o hacer incisiones... Las palabras escritas entonces, pintan la vida cotidiana de un pueblo, el derrocamiento de un rey, los caminos de una ciudad; rascan en el origen de los dioses, en el cielo y en el agua; y hacen incisiones en el alma de los hombres y mujeres; pues tallan y delinean la vida de quien las lee y las posee.

Libertad

Martha Patricia Becerra Estrada
Plantel Carmen Serdán

"La libertad asumida de manera auténtica es la única que permite la creación de una identidad propia como un rostro verdadero, navegando siempre en la tensión de dos opuestos, sin red de protección y en el riesgo total de equivocarnos o de triunfar."

La libertad, mucho antes de ser una teoría o más allá de los discursos, es una vivencia, existe, es real. Nos sale al paso precisamente en el momento en el que empezamos a vivir, en el que empezamos a tomar las primeras decisiones, sólo que nadie nos explica que cada decisión produce o provoca consecuencias, y éstas tienen un costo o implicación.

Por lo que, para conseguir la libertad y disfrutarla durante toda la vida, la condición es: conquistarla poco a poco, **aprender** a asumirla, ejercitarse en ella a través de las pequeñas decisiones del día a día, hasta conquistar la cima, que es la "autonomía", la cual sólo se logra a través de "ser autosuficientes", de independizarse interna y externamente, de superar el espíritu de rebaño, de dependencias o codependencias múltiples que la eclipsen o eliminan completamente.

Por ello, dice Comte Sponville: la libertad es un enigma y un misterio, hay que saber para qué queremos ser libres. Este para qué ya implica la búsqueda de un sentido, de un significado, es decir, un saber –tengo que saber para qué quiero ser libre, saber si soy libre o no, saber qué es ser libre, saber si puedo ser libre, libre de qué, de quién, cómo lograrlo– múltiples preguntas y no se sabe ni por dónde empezar. Bueno, pues la filosofía es esa ansia que nace de la pregunta y cuyos admiradores van ayudando afanosamente a dar diversas y opuestas respuestas que configuran ese saber que no se sabe. No nacemos siendo libres, ésta es la conquista más preciada, sin embargo, descubrirlo es una hazaña, puesto que al no saber el valor de la libertad, la empeñamos por cualquier bagatela a la primera persona o cosa que se nos atraviesa y que traviesamente nos arrebata el único tesoro a rescatar, conquistar, preservar, pues sin ella ninguna vida, ni rostro auténtico y propio es posible.

Existen dos momentos claves en la vida de la humanidad, su origen como ser humano y la conquista de la libertad a través de la historia. Dos momentos enigmáticos que han llevado a confundir ambos momentos, origen e historia, para negar la libertad y cuya confusión ha servido para someter al ser humano a diversos servilismos desde la esclavitud hasta la enajenación y colonización mercantil de la conciencia actual. De ahí que iniciaremos distinguiendo la libertad ontológica, como estructura del ser humano, de las libertades particulares o culturales.

Con la finalidad de poder respondernos las preguntas planteadas, para aclarar y valorar nuestro tesoro, es necesario distinguir la libertad como origen o libertad ontológica, entendida como la estructura del ser humano, como rompimiento del principio de causalidad[1], como separación, corte, falla o caída. Es decir, al ser liberado de la naturaleza, el ser humano es separado del mundo meramente animal e instintivo, lo cual lo distingue y hace diferente a todos los demás seres vivos animados e inanimados del planeta.

La libertad es la separación o rompimiento del estado natural e instintivo, lleva al ser humano a dejar de aceptar lo dado, lo natural, tal cual se le presenta. No se conforma con satisfacer sus necesidades básicas, a diferencia del animal que se adapta, satisface sus necesidades y vive en un presentismo repetitivo y continuo, por lo que nunca va a poder hacer algo diferente a los condicionamientos y limitantes de su naturaleza, si nace como carnívoro, muere como tal y no puede hacer algo distinto de su naturaleza, como bien lo cuenta la fábula del alacrán y la rana[2], ¿la conocen?

Por ello, en Filosofía, para poder distinguir a esta "libertad", se le da el nombre de "libertad ontológica"[3]. Parece un nombre muy extraño, complejo y alejado de la realidad, sin embargo, con ella definimos a la libertad como la estructura del ser, es decir, como rompimiento, falla, falta, caída o pecado[4], aquello que, como ya dijimos, nos separa de la naturaleza −del mítico "paraíso perdido"− y por lo mismo **abre la posibilidad** de crearnos o destruirnos a nosotros mismos. En este sentido, no podemos negar la existencia de la libertad, debido a que ella es la característica o rasgo constitutivo del ser humano, que lo distingue del reino puramente animal.

De ahí, que a lo largo de la historia, se han enfrentado dos posiciones opuestas acerca de la libertad, las respuestas que afirman que somos absolutamente libres y que se conoce como "libre albedrío"[5] o indeterminismo y aquellas otras que niegan completamente la libertad, dicen que estamos determinados[6] de manera absoluta. Estas maneras opuestas de entender la libertad, nos llevan a vivir y actuar en función de la posición que se elija, consciente o inconscientemente −por puro impulso−. "Ser libre o no ser libre", es algo así como: *To be ornotto be*[7], es decir, ser o no ser, lo cual, no sólo cambia, sino que determina la forma de vivir de cada persona. De ahí, la necesidad de distinguir y darnos cuenta si realmente somos libres, o si sólo es una ilusión e invento de la sociedad o hasta qué punto somos libres o no.

El ser humano es libre, no absolutamente, pero tampoco está totalmente determinado, ninguno de los dos extremos; es decir, tiene la posibilidad, finita y limitada[8], tiene la capacidad de crear y transformarse a sí mismo y al mundo que lo rodea, de manera constructiva o destructiva, a través del desarrollo de la técnica, los aparatos, máquinas, equipo e instrumentos que inventa para ello; trasciende sus necesidades meramente materiales y corporales, para ir en busca del logro o cumplimiento de sus deseos, intereses o necesidades de todo tipo: mentales, espirituales, psíquicas, emocionales, ilusiones, sueños.

---

[1] El cual se enuncia, para todo fenómeno de la naturaleza, como: "a toda causa corresponde un efecto" y que también es uno de los cuatro principios fundamentales del pensamiento. Sin este principio el conocimiento y la ciencia no serían posibles. El escorpión y la rana es una fábula de origen desconocido, aunque atribuida a

[2] Esopo. En ella un escorpión le pide a una rana que le ayude a cruzar el río. Prometiéndole no hacerle ningún daño, la rana accede subiéndole a sus espaldas pero cuando están a mitad del trayecto el escorpión pica a la rana. Ésta le pregunta incrédula "*¿cómo has podido hacer algo así?*, ahora moriremos los dos" ante lo que el escorpión se disculpa, "no he tenido elección, es mi naturaleza".

[3] Ontología: Doctrina que estudia los caracteres fundamentales del ser, los caracteres que todo ser tiene y no puede dejar de tener. (Nicola Abbagnano, *Diccionario de Filosofía*, FCE, México 1987).

[4] Definición filosófica que coincide con el discurso religioso, por lo que se refiere al castigo o caída del hombre, representado por Adán, que desobedece la ley divina. Es decir, es un acto de desobediencia el que le da al ser humano su libertad. De ahí la ambigüedad de la liberación, que implica la afirmación de su deseo, a cambio de estar obligado a asumir la realización de su vida a costa de su propio esfuerzo y voluntad que lo definirá de acuerdo con sus acciones. Es a partir de aquí que surge la libertad y la responsabilidad como un vínculo indisoluble, no hay libertad sin responsabilidad. Deshacer este vínculo, conlleva a caer en el exceso, llamado vicio, e identificado como la pulsión de muerte a partir de Freud, es decir, el límite último al que nos conduce el exceso es la muerte.

[5] Cfr. Comte-Sponville, André (2002). Es la libertad tal como la entiende Descartes, Kant, Sartre: "mi acción (mi existencia) no está determinada por lo que yo soy (mi esencia), pp. 79-80.

[6] Determinismo: defiende la tesis de que entre todos los acontecimientos hay una relación ineludible de causa a efecto, especialmente en cuanto a herencia y ambiente como condicionantes de las posibilidades del ser humano, el que de ninguna manera puede sustraerse a esta relación preestablecida.

[7] William Shakespeare(1564-1616) dramaturgo, poeta, actor Inglés, considerado el escritor más importante en lengua inglesa y uno de los más célebres de la literatura universal.

[8] Es decir, su libertad no es absoluta, ilimitada, indeterminada y total, siempre hay condicionamientos.

Podemos observar que todos los hijos de una misma familia, que tienen los mismos padres, el mismo nivel socioeconómico, la misma educación, valores, principios, cultura y demás condicionamientos, todos y cada uno de los hijos son diferentes; o que personas que carecen de todo, por sí mismos salen adelante y otros que teniéndolo todo, no salen y se pierden o destruyen su vida y la de los demás a partir del uso o más bien abuso de su libertad, conocida como libertinaje. Es decir, el destino de cada quien radica en las decisiones, elecciones, voluntad, esfuerzo y las acciones propias.

En este sentido, la libertad es entendida como la acción fundamental de la voluntad humana que se afirma como autónoma e indeterminada, dice Santo Tomás de Aquino: "El libre albedrío es la causa del propio movimiento porque el hombre mediante el libre albedrío, se determina a sí mismo a obrar"[9]. También encontramos una imagen metafórica de esta libertad en el discurso religioso, cuando Adán en el paraíso **desobedece** la orden divina que le prohíbe comer del árbol del conocimiento del bien y del mal y que, sabemos, es el motivo por el cual, Adán y Eva son lanzados fuera del paraíso, es decir, el hombre es liberado, lanzado fuera del paraíso, para vivir como humano en la tierra, a diferencia del resto de los animales que viven en una total homeostasis con la naturaleza, una vida totalmente adaptada e instintiva.

Las definiciones anteriores, tan diversas y contenidas en distintos saberes: filosófico, científico, religioso, entre otros, dan cuenta de que la libertad radica en la propia voluntad del sujeto, en su desobediencia y oposición a aceptar lo natural, lo dado, o incluso la orden divina o humana. Podemos observar que la naturaleza humana surge de la negación, del rompimiento, de una separación, para poder afirmarse a sí mismo, mediante su voluntad y la acción proveniente de sí mismo, de sus elecciones y decisiones, como **motivos** generadores de su acción, que se convierten en el motor esencial y más importante en la construcción y creación de la propia forma de ser, de actuar, de vivir y habitar el mundo.

La libertad, en este sentido, es la **posibilidad** de liberarnos de los determinismos, naturales, así como, la posibilidad de autodeterminarnos a nosotros mismos dentro de la totalidad (mundo de la naturaleza, mundo social y mundo interno) a la que pertenecemos.

Como vimos al principio, una vez que el ser humano, es liberado de la naturaleza, nace su deseo. A partir del surgimiento del deseo, no se conforma con satisfacer sus necesidades básicas, crea nuevas necesidades artificiales y ficticias por lo cual, es importante preguntarnos, ¿qué es el deseo? El deseo[10] surge de la falta, el corte, la separación del sujeto de la naturaleza y su nacimiento como ser hablante, que es precisamente la libertad de la que hablamos, al ser liberados de la vida instintiva e inconsciente en la que viven todos los demás animales.

Es decir, el deseo surge por esa falta o falla que rompe con el instinto y nos abre a lo ilimitado y al exceso de la pulsión misma, porque nunca nada es suficiente, inventamos siempre necesidades nuevas que nos llevan a la creación incesante de nuevos mundos. A diferencia del instinto de los animales, que es un instinto determinado y limitado que nunca va más allá de la satisfacción de sus necesidades, por el contrario, la pulsión humana, al ser ilimitada, su único límite es la muerte, a lo que Freud llamó pulsión de muerte en oposición a la pulsión de vida, dos principios que generan la dinámica de la vida.

Por otro lado, también es necesario hacer hincapié en la voluntad como fuerza, potencia, energía e impulso que puede mover a los sujetos a actuar y participar conforme a sus propios, motivos, intereses, deseos y decisiones, siempre y cuando sean conscientes y vayan descubriéndose en su propia búsqueda. La libertad, es precisamente la elección de lo que queremos, debemos, podemos o tenemos que hacer, lo cual convierte a la libertad en el acto fundador u originario que constituye al sujeto como humano, distinguiéndose y diferenciándose a sí mismo de los demás seres y objetos que le rodean.

---

[9] Nicola Abbagnano, *Diccionario de Filosofía*, *La Libertad*, FCE, México (1987).

[10] Freud, La interpretación de los sueños (1900). Muy pronto el lazo del deseo con la palabra de un sujeto se convierte en el hilo conductor de toda su obra clínica.

Por ello, la libertad, el deseo y la conciencia son los motores que provocan que el ser humano cree e invente una segunda naturaleza para salir de la animalidad, una máscara que oculta el rostro de la animalidad, para poder comportarnos como humanos sociales. El artificio que se crea entonces es la "cultura"[11] , la educación, conjunto de normas, valores, principios y reglas, que forman lo que conocemos como instituciones: la familia, la comunidad, la sociedad, el país, etcétera, regulados por distintos sistemas sociales: económico, político, religioso, cultural, moral, entre otros.

Estos sistemas de leyes, normas, reglas, principios, valores, deberes, lineamientos, etcétera, son límites creados por las distintas sociedades, en las distintas etapas históricas de la vida, además de otros muchos límites y determinismos (geográficos, fisiológicos, genéticos, etcétera). De tal manera que la característica fundamental de toda ley, es limitar la libertad para poner orden y poder de esta manera, vivir en sociedad.

Es precisamente aquí, en donde se origina la confusión y las enormes discusiones filosóficas y las experiencias de vida paradójicas y contradictorias en torno a si somos libres o si estamos determinados, si tenemos la libertad de elegir o si solamente somos un eslabón más en la cadena de la causalidad como todos los demás animales, fenómenos y objetos del universo, si somos esclavos de las circunstancias, si estamos predeterminados por el destino o no, si el único camino es sufrir para retornar al paraíso perdido, etcétera, etcétera, etcétera.

De acuerdo con lo anterior, es necesario distinguir la libertad ontológica, aquella que nos libera de la naturaleza que nos permite ser la causa de nuestras elecciones y decisiones, que constituye la estructura propia del ser humano; de las otras libertades culturales o particulares: libertades políticas, económicas, sociales, de voluntad, de expresión de pensamiento, entre otras. Estas libertades limitadas existen con base en las condiciones y circunstancias socio-político-culturales, que o bien las posibilitan, o bien las reprimen, censuran o anulan.

Las sociedades han creado a lo largo de la historia los condicionamientos que tratan de preservar la vida humana y crear los lazos y relaciones sociales. Estas condiciones han consistido en la creación de leyes, normas, reglas, valores y principios para poder satisfacer las necesidades materiales y espirituales de los distintos grupos culturales.

De ahí que, frente al exceso y lo abierto del deseo, el mismo ser humano ha creado sus propios límites materializados en distintos sistemas normativos que rigen, controlan, reprimen, censuran o niegan las libertades. Porque todo ser humano al ser totalmente libre y sin límite, tendría la libertad de hacer todo lo que quisiera y por lo mismo, la humanidad viviría expuesta a la violencia de los demás, como dice Dostoyevski[12] : "si Dios ha muerto todo está permitido", es decir, sin ley "todo se vale", y sería "la ley del más fuerte" o "la ley de la selva" lo único que regiría la vida social.

Hasta aquí ya podemos darnos cuenta de que la palabra "libertad" no es sólo un tema, sino que su conocimiento y manejo define quiénes somos realmente. Como bien dice Nietzsche[13] , de lo que se trata es de "hacer al **hombre**....un **puente** entre la **bestia** y el superhombre, un paso de la pura animalidad a la superhumanidad", sin perder de vista que un puente es un lugar intermedio, estar en medio de dos extremos: un puente entre la bestialidad y la humanidad, que al mismo tiempo, representa una indefinición, una indeterminación, cada quien decide su forma de ser, la cual es el resultado de sus propias elecciones y decisiones para destruirse o crearse a sí mismo, como bestia o como un ser auténtico y satisfecho de sí mismo y de sus logros.

---

[11] Diccionario de la Real Academia Española. Conjunto de modos de vida, costumbres, tradiciones, conocimientos, pautas de conducta de un grupo social, incluyendo los medios materiales (tecnologías) que usan sus miembros para comunicarse entre sí y resolver sus necesidades de todo tipo, así como, el grado de desarrollo artístico, científico, industrial, en una época, grupo social, etc.

[12] Dostoyevski, Fiódor Mijáilovich (Moscú, 1821-1881) es uno de los principales escritores de su época en la Rusia Zarista, cuya literatura explora la psicología humana en el complejo contexto político, social y espiritual de la sociedad rusa del siglo XIX.

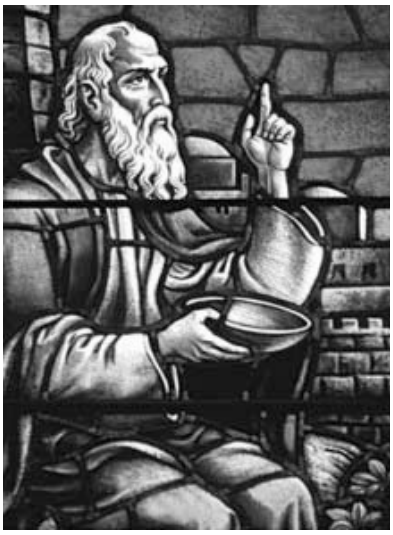
[13] Cfr. Nietzsche, Friedrich Wilhelm. Obra selecta. Dos volúmenes. Edición Germán Cano. Cartoné. Biblioteca de Grandes Pensadores, 2009. Madrid: Editorial Gredos.

De igual manera, afirma Sartre[14] que “estamos condenados a ser libres”, decidamos o no decidamos, las consecuencias corren por cuenta propia, es mejor conocer, comprender y decidir lo que cada uno elija o prefiera ser de acuerdo con sus propios motivos, intereses, deseos y necesidades, y no sólo en función de las costumbres, la imitación, la obediencia, el capricho, las inercias, los traumas, odios, fantasmas o en general, de las presiones internas o externas que se levantan como obstáculos que impiden nuestra libertad. Una vez que “el primer hombre” comió del árbol del conocimiento del bien y del mal, no hay vuelta atrás, es decir, a partir de ese momento, surgimos como humanos, porque con “la libertad”, obtuvimos la conciencia –el darnos cuenta–, es decir, ya sólo es posible actuar con base en el conocimiento para aprender a distinguir qué es el bien y qué es el mal, aquello que nos hace mejores o nos destruye.

[14] Jean-Paul Sartre(París1905–1980), filósofo, escritor, novelista, dramaturgo, activista político, biógrafo y crítico literario francés, exponente del existencialismo y del marxismo humanista.

Mayéutica

Pedro Corzo Corea
Plantel José María Morelos y Pavón



La palabra *mayéutica*, su significado y Sócrates están inseparablemente unidos. Sócrates, según escribe Platón, su discípulo más destacado, precisa que su tarea principal es colaborar a que los hombres obtengan la verdad. Es decir, Sócrates ayuda –como si fuese un partero espiritual– a que los hombres "paran" la verdad o el conocimiento que estaba en el interior de ellos, pero que por sí solos, no lo podían hacer salir (Gómez Robledo, A. 1986. Cfr. p. 70).

En este ensayo se explicará qué es la mayéutica y cuál es el lugar de ella en el pensamiento de Sócrates, pues su pensamiento no se reduce a la mayéutica, sino es algo más que eso y por ello más complejo.

La mayéutica forma parte de lo que se conoce como el método socrático. Como tal está vinculada de forma inseparable con la *ironía* –simulación de no saber– y con la *alétheia* –verdad que se pretende alcanzar–. Las tres integran de forma sustancial la esencia del método de Sócrates y en este ejercicio didáctico solamente se hablará de la mayéutica.

Para ejemplificar la forma como se aplica el método socrático, y de manera específica la mayéutica, se recurre principalmente a fragmentos del diálogo *Menón o de la virtud* [1] de Platón, en donde éste pone en boca de Sócrates, el modo como se busca alcanzar la verdad.

En sentido estricto, la palabra "mayéutica" es de origen griego y se traduce como el "arte de la partera". Está en el campo de acción de la obstetricia, en tanto que se ocupa del parto en el fin del embarazo. Según algunos expertos (Burnet J. et. al. 1990. pp. 49-50), el momento en el cual Platón –quien en sus diálogos introduce a Sócrates como personaje principal– establece el nexo entre el oficio de colaborar a "dar a luz" y el quehacer de Sócrates, en el diálogo Teetetes, en el cual Sócrates afirma que su labor es "ayudar a expulsar" pensamientos, de una manera semejante a como lo realizaba su madre, que era de oficio partera.

[1] Platón. (1975). Menón/Platón, Introducción. Versión y notas de Ute Schmidt Osmanczik, 1 v. 176 pp. Numeración canónica, México: UNAM.

Dé clic para regresar la página

La mayéutica consiste en un arte de saber preguntar, para que la persona a la que se le pregunta pueda contestar adecuadamente, es decir, que obtenga de su interior la respuesta correcta: la verdad. Es un ejercicio recreativo, que una vez que supera la dificultad del "alumbramiento" produce deleite y alegría. Es obvio que se presupone, de alguna manera, que aquél a quien se interroga posee de forma oculta el conocimiento que se desea obtener. Por lo tanto, conocer es recordar y para recordar es necesaria la "ayuda" de quien sabe preguntar, y colaborando con las preguntas a exteriorizar lo que se encuentra "cubierto" y que se anhela "des-cubrir", o "quitarle la cubierta".

En uno de los diálogos de Platón, en *Menón o de la virtud*, ocurre un parto, un "alumbramiento del saber". Tal acontecimiento según lo describe Platón sucede cuando Sócrates "colabora" mediante preguntas a que un esclavo obtenga la verdad que se encontraba en su interior, sin él saberlo.

Sócrates iniciaba de forma irónica, es decir, afirmaba su propia ignorancia para irle pidiendo a su interlocutor que expusiera sus puntos de vista sobre un determinado asunto (Xirau, R. 2003. Cfr. p. 48). Luego entraba Sócrates con la mayéutica, un método de preguntas, mediante el cual mostraba en qué consistía el error de su interrogado, llevando a su interlocutor a pensar de forma profunda, sólida, coherente y verdadera.

La mayéutica colabora a purificar (depurar) las opiniones, eliminando las incertidumbres y prejuicios propios de las falsas concepciones que, por ser falsas, están llenas de contradicciones y confusiones. Una vez que el interlocutor detectaba sus errores, entonces era invitado por Sócrates a continuar el diálogo en forma de preguntas y respuestas, para crear así la posibilidad de la adquisición de un nuevo saber o conocimiento profundo, coherente, orientado a la verdad.

A continuación, con base al diálogo *Menón o de la virtud* un ejemplo de aplicación de la mayéutica, con la finalidad de investigar: ¿qué es la virtud?, ¿cuáles y qué son las virtudes, como la justicia, la templanza, la valentía, etcétera? En dicha muestra se alcanzan a dibujar de forma clara y precisa los pasos siguientes:

I. Establecimiento de una tesis o afirmación sobre un asunto. En este caso Menón aparece como un primer interlocutor, a saber:

> *71 b. MENÓN: Pero eso no es difícil de decir, Sócrates. Primero, pues si quieres, la virtud del varón; es fácil decir que ésta es la virtud del varón: ser capaz de manejar los asuntos de la ciudad, y al realizarlos hacer bien a los amigos y mal a los enemigos, y cuidarse de no sufrir esto él mismo. Si quieres la virtud de la mujer, no es difícil inferir que ésta debe llevar bien su casa, conservar lo que está en el interior y ser obediente al marido.*
>
> Menón considera la afirmación como punto de partida y por eso la expone para ser examinada, refutada o aceptada. Es decir, quiere salir de dudas y por eso acude con el que "supuestamente" sabe: Sócrates.

II. Respuesta del interlocutor Sócrates, dando su opinión y agregando datos, pero sobre todo preguntando de forma clara y precisa, a saber:

> *72 b. SÓCRATES: Parezco haber disfrutado alguna suerte particular, Menón, si buscando una virtud he hallado un enjambre de virtudes depositado en ti. Sin embargo, Menón, en cuanto a esta imagen del enjambre, si yo te preguntara cuál es la esencia de una abeja y tú dijeras que hay muchas y de todas clases, ¿qué me contestarías si te preguntara: "¿Dices acaso que son muchas y de todas clases, y diferentes unas de otras por ser abejas? ¿O no se distinguen nada por eso, sino por algo diferente, como por ejemplo por su belleza, o su tamaño, o alguna otra cosa de otra índole?" Dime, ¿qué contestarías al ser preguntado así?*

III. Reconocimiento del interlocutor Menón, de que su tesis o afirmación inicial tiene contradicciones y acepta la argumentación del interlocutor Sócrates, quien continúa preguntando y solicitando respuestas.

> *72 c. MENÓN: Esto ciertamente: que no se distinguen una de otra en tanto que abejas.*
>
> *SÓCRATES.: Si después de esto dijera: "Dime ahora precisamente, Menón ¿qué afirmas que es aquello por lo cual no se distinguen, sino todas son iguales?"¿Sin duda podrías decírmelo?*
>
> *MENÓN. Sí, en efecto.*
>
> *SÓCRATES. Pues así sucede también con las virtudes. Aunque sean muchas y de todas clases, todas tienen una misma forma, por lo cual son virtudes, y hacia la cual tiene que mirar atentamente quien quiera responder al que le pide revelar qué es la virtud. ¿O no comprendes lo que digo?*

IV. Demostración, por parte de Sócrates, que la tesis o afirmación inicial de Menón es falsa y por lo tanto la refutación procede. A saber:

> *72 d-e. SÓCRATES: ¿Solamente acerca de la virtud te parece así, Menón, que una es del varón, otra de la mujer y de los demás, o también te parece así acerca de la salud, del tamaño y de la fuerza? ¿Te parece que una es la salud del varón y otra la de la mujer? ¿O está presente por doquier la misma forma, al darse la salud, sea que esté en un varón, sea que esté en cualquier otra persona?*
>
> *MENÓN: Me parece ser la misma la salud del varón y la salud de la mujer.*

Lo que se ha hecho en los ejemplos anteriores, es descartar o reelaborar la hipótesis en búsqueda de la verdad. Y para ello es indispensable tener disposición a encontrar hipótesis nuevas, más definidas, que sustituyan a las primeras. Es decir, Sócrates invita a Menón, a modificar la primera idea y considerarla incompleta añadiendo otras alternativas. Es decir, se pueden descubrir nuevas ideas a partir de la simple deducción lógica de las premisas, o por el contrario, sólo se puede averiguar si la premisa es cierta o falsa.

El Sócrates histórico[2] y también el Sócrates platónico, del *Menón*, aplicó este método de pesquisa a conceptos que parecen no tener una definición concreta o definida. Por ejemplo, conceptos relativos a lo moral como las virtudes de valentía, piedad, sabiduría, templanza, coraje y justicia. Esta exploración hacía frente a las creencias morales implícitas de los interlocutores, trayendo a colación inconsistencias y casos inadecuados que no cuadraban con sus creencias y que normalmente resultaban en perplejidad o desconcierto racional entre los participantes.

[2] Según Alfred E. Taylor, especialista en Filosofía Antigua, hay dos Sócrates: el histórico, el hombre concreto que vivió y murió en Atenas; y el platónico, que es el personaje de los Diálogos platónicos tal como se plantea en: Burnet J. y Taylor A. E. (1990) Varia Socrática: Doctrina socrática del alma/ Biografía platónica de Sócrates, tr. Antonio Gómez Robledo, Col. Cuadernos No. 53, México: UNAM, Instituto de Investigaciones Filosóficas, p. 59.

Ante la incapacidad para llegar al conocimiento de la virtud a una verdad única o absoluta de la virtud, el mismo Sócrates histórico declaraba su ignorancia, y así lo muestra Platón en el Menón. Donde otros proclamaban tener el conocimiento, Sócrates afirmaba su ignorancia y estaba convencido que la afirmación de su ignorancia le hacía ser más sabio que aquellos que, aunque ignorantes, clamaban tener o poseer el verdadero conocimiento. Aunque esta creencia parece ser paradójica o contradictoria a primera vista, de hecho le permitió al Sócrates histórico, descubrir sus propios errores donde otros asumían la certeza. Y Platón lo plasma como el poseedor de la correcta actitud filosófica, es decir, a diferencia de los sofistas que se declaraban sabios. Sócrates, al afirmar que "sólo sabe que no sabe nada", muestra una actitud sólida sobre la cual se habrá de edificar el "nuevo" edificio del conocimiento. Un conocimiento derivado de la investigación que ofrezca garantías para llegar a la verdad.

Es evidente que Sócrates histórico no usó el método de la mayéutica para desarrollar teorías consistentes y tampoco para llegar a respuestas definitivas, aunque se dedicase a buscarlas, más que nada lo empleó para desbaratar las creencias existentes. El método fue usado para romper y hacer caer las teorías que se mantenían detrás de axiomas y postulados indiscutibles, pero que tras una indagación consistente dejaban de tener sentido o eran incongruentes con las deducciones.

En el método socrático, con la mayéutica en primer lugar, se busca la verdad (*alétheia*). Ésta se obtendrá al final, en la conclusión del ejercicio intelectual, preguntas-respuestas, en la que él o los interlocutores podrán "des-cubrir", "quitarle-el-velo o la cubierta", y por ello "hacer evidente" el aspecto constitutivo, real de aquello que se investiga (Alegre Gorri, A. 1988. Cfr. p. 131). En ésta actitud radica la gran importancia de la mayéutica como un procedimiento que está orientado a descubrir la verdad.

La duda socrática es el motor y táctica que engendra el saber, más allá de la duda. El diálogo socrático tiene como fin la verdad (Xirau, R. 2003. p. 47) que se encuentra oculta en la mente del interlocutor y el conocimiento que está latente en la conciencia humana. Estas dos nociones de verdad encubierta y saber oculto en la conciencia, están de forma implícita en el pensamiento de Sócrates. Será Platón quien las hará explicitas.

Noúmeno

Gustavo Barajas Gómez
Plantel Ignacio Manuel Altamirano
Magdalena Contreras

"El deber de la Filosofía consiste en eliminar la ilusión producida por un malentendido, aunque ello supusiera la pérdida de preciados y queridos errores, sean cuantos sean." (K. AXIII)

– ¡Deja de decir tonterías! –me dijo mi madre cuando le platiqué lo que el profesor de Física nos había explicado sobre la visibilidad de los objetos. Mi madre no podía creer que nosotros vemos los objetos por la luz que ellos no absorben y que los colores que identificamos en ellos depende de la cantidad y el tipo de luz que *rechazan*.

– Así que el color que identificamos en los objetos –le dije– no es necesariamente el color que verdaderamente tienen los objetos, sino que es un fenómeno, como un tipo de ilusión o espejismo, que depende tanto de la intensidad de la luz, como de su trayectoria y ángulo de incidencia con la que entran a la tierra.

– ¿A poco no te has dado cuenta que en cierta época del año los objetos aparecen con un color más brillante o que en el atardecer los objetos se tornan opacos?

– No puedo creer que para eso te mande a la escuela –me interrumpió mi madre– Ahora resulta que ya las cosas no tienen un color propio. Y entonces, ¿por qué todos vemos el mismo color en un objeto determinado? Por ejemplo esta blusa, yo la veo roja y también mi comadre aunque esté medio ciega; y no me digas que tú la ves de diferente color, o que en el mes de mayo es naranja y en agosto verde.

Le di la última cucharada a mi sopa, suspiré y le contesté:

– Los cambios de color de los objetos no llegan a ser tan extremosos, porque las variantes que influyen en la percepción del color son mínimas; por lo que los cambios se dan en términos de tonalidad.

– O sea –me dijo sirviéndome papas con chorizo– que no cambia de color sino nada más de tono.

– Así es Má –le contesté–. Eso demuestra que no tienen un color determinado, pues aunque sea de manera mínima, cambia de acuerdo con la luz que las alumbra.

– Y ¿Por qué mi comadre y yo vemos el mismo color? –me dice, trayéndome una tortilla.

– Pues porque tú, al igual que mi madrina y todos, tenemos las mismas características en nuestro órgano visual.

– Y ahora ¿De qué me estás hablando? ¿Quieres más tortillas o no?

– Dos tortillas más Má. ¿Cómo que de qué hablo? ¿Tú crees que todos los animales ven de la misma forma los objetos?
– Pues sí –me contesta sin pensarlo.

– Pues no, le digo.

– ¿Y tú cómo sabes?

Dé clic para regresar la página

– Pues porque se han estudiado las características de los órganos sensoriales de los animales y se ha descubierto, por ejemplo, que los gatos pueden distinguir con más nitidez ciertos colores que el ojo humano no puede ni siquiera captar, o que los perros pueden identificar ciertos olores que nosotros no percibimos.

– Ah, por eso también dicen que los perros ven sólo en blanco y negro –me dice ya más convencida–.

– Así es Má, ¿me sirves más papas? Por eso tanto tú, como mi madrina y como cualquier otro humano, ven el mismo tipo de color en los objetos, a menos que tenga una deformación o disfunción en sus órganos sensoriales, como los daltónicos.

– Pero entonces –me dice, mientras me trae otra vez mi plato– no sabemos de qué color son realmente los objetos.

– Y no sólo no sabemos de qué color son los objetos Má, sino que no sabemos realmente lo que son las cosas en sí mismas.

– ¡Ándale! ¿Y por qué? –me preguntó con los ojos bien abiertos.

– Pues según un filósofo alemán, llamado **Emmanuel Kant**, a partir de que se da cuenta de que todo lo que el hombre puede conocer de la realidad lo sabe a partir de la información que le envían los sentidos; y como la información que captan los sentidos depende de las características propias de los órganos sensoriales; entonces, sólo conocemos de los objetos lo que nuestros sentidos pueden percibir.

> *La capacidad (receptividad) de recibir representaciones, al ser afectados por los objetos, se llama sensibilidad. Los objetos nos vienen, pues, dados mediante la sensibilidad y ella es la única que nos suministra intuiciones. (…) Pero, en definitiva, todo pensar tiene que hacer referencia, directa o indirectamente, mediante ciertas características, a intuiciones y, por consiguiente, entre los humanos, a la sensibilidad, ya que ningún objeto se nos puede dar de otra forma. (KrVA19/B 33)*

– ¡Ah!, –me dijo muy aliviada– pero entonces, sí sabemos al menos algo.

– Sí, pero eso que llegamos a conocer está determinado por nuestra sensibilidad y la manera en que nosotros ordenamos esa información; por lo que lo percibido de los objetos es, en sí, una *representación*.

– ¿Cómo una representación?

– Se le dice *representación* porque para Kant el objeto que el hombre logra conformar en la conciencia es una *imagen* del objeto, pero no es el objeto *mismo*. Y eso lo notamos, por ejemplo, cuando dejamos de ver por mucho tiempo a una persona y al verla de nuevo, aunque logremos reconocerla, decimos que ha cambiado.

– Pues sigo sin entender –me dice– ¿Vas a querer pan de postre?

– Sí, con un cafecito.

– ¿Qué café ni qué nada? Te voy a dar leche; luego andas con insomnio.

– Tráeme entonces una concha para sopearla Má.

– Aquí tienes –me dice, dándome la concha y sentándose.

– Entonces, que digamos que alguien o algo ha cambiado nos muestra dos cosas Má: la primera, que aquella imagen que nos hacemos de "algo" al percibirlo, permanece igual a través del tiempo; la imagen no cambia conforme va cambiando el objeto mismo. Lo cual nos demuestra que aquello que uno piensa no está sujeto al devenir, es decir, al paso del tiempo. Y segundo, que gracias a la permanencia e inmutabilidad de nuestras imágenes mentales podemos identificar los objetos que ya hemos percibido, aunque éstos presenten cambios constantes.

– O sea que por un lado es bueno y por otro malo.

– No Má, no es ni bueno ni malo, simplemente así es.

– ¡Ah!, pues algo bueno debe haber. Alguna ventaja debemos tener. Dios no hace las cosas nomás porque sí.

– Otra vez metiendo a Dios, Má.

– Pues si tú metes a tus filósofos, pues yo meto al mío –me dice, muy orgullosa haciéndome una pequeña mueca de burla.

– El punto es que las *representaciones* son una elaboración de la conciencia y está determinada tanto por la sensibilidad como por la manera en que la razón ordena los datos de las intuiciones. Y ciertamente, la ventaja de ello es que si no fuera así no podría el hombre desarrollar la ciencia.

> *Cuando Galileo hizo bajar por el plano inclinado unas bolas de un peso elegido por él mismo, o cuando Torricelli hizo que el aire sostuviera un peso que él, de antemano, había supuesto equivalente al de un determinado volumen de agua, o cuando, más tarde, Stahl transformó metales en cal y ésta de nuevo en metal, a base de quitarles algo y devolvérselos, entonces los investigadores de la naturaleza comprendieron súbitamente algo. Entendieron que la razón sólo reconoce lo que ella misma produce según su bosquejo, que la razón tiene que anticiparse con los principios de sus juicios de acuerdo con leyes constantes y que tiene que obligar a la naturaleza a responder sus preguntas (…). (KrVBXIII)*

– Santo Dios –dijo mi madre con los ojos desorbitados. Y fue inmediatamente a apagar la hornilla de la leche que se derramaba. Encolerizada, quitando rápidamente la olla de la estufa para limpiarla antes de que se pegara la leche, farfulla entre dientes –pero si ya decía yo, que andar preocupándose de estas tonterías no más lo hacían a uno distraído.

– Cálmese Má –le dije, mientras remojaba por segunda vez la concha en mi leche tratando de no dejarla flotando en el vaso.

Ya restablecida del susto y secándose las manos en su mandil continuó diciendo.

– Pero sí las cosas son cómo dices, en pocas palabras, que todo lo que vemos y sabemos de todas las cosas no es más que una *imagen* que nos formamos nosotros mismos a partir de lo que percibimos, poco o mucho, bien o mal, de las cosas, sin que esto signifique que sean así realmente.

– Exacto Má– le dije muy entusiasmado.

– Entonces, nunca sabremos lo que son las cosas realmente -me contesta con ojos de tristeza.

– Claro que sabemos qué son las cosas realmente –le dije muy orgulloso. Y con una pequeña mueca de burla, al igual que ella lo había hecho, le contesté: sabemos de cierto que las cosas son un "algo" que existe, y que si no existieran no seríamos afectados por ellas.

> *De hecho, nuestro entendimiento refiere todas las representaciones a algún objeto. Como los fenómenos no son más que representaciones, el entendimiento los refiere a un algo como objeto de la intuición sensible. (KrVA250)*

– Y de qué me sirve saber eso si no se nada más –me contesta muy indignada.

– ¿Quieres más? –le dije exasperado– Bástenos saber que nuestras representaciones y toda clase de sensaciones que siente la conciencia no son todas mera ilusión y que corresponden a *algo* existente y que sea como sea realmente, forma parte del mundo; de un mundo que existe. O sea, lo que percibo forzosamente es una *afección* del cuerpo provocado por un objeto (*entidad*), que en su carácter de existente, podemos representárnoslo bajo determinaciones tanto espaciales como temporales.

– Ya no entendí –dijo mi madre con un gesto de "ya me estoy desesperando".

> *La razón de que no nos baste el sustrato de la sensibilidad y de que añadamos a los fenómenos unos noumenos que sólo el entendimiento puede pensar, se basa en lo siguiente. La sensibilidad, y su campo –el de los fenómenos–, se hallan, a su vez, limitados por el entendimiento, de modo que no se refieren a las cosas en sí mismas, sino sólo al modo según el cual, debido a nuestra constitución subjetiva, las cosas se nos manifiestan. (…) Consiguientemente, si no queremos permanecer en un círculo constante, la palabra fenómeno hará referencia a algo cuya representación inmediata es sensible, pero que en sí mismo (prescindiendo incluso de la naturaleza de nuestra sensibilidad, base de la forma de nuestra intuición) tiene que ser algo, es decir, un objeto independiente de la sensibilidad. (KrVA251)*

– ¡Ay Má! Pues que si la conciencia tiene percepciones es porque ahí hay algo que está provocándolas. Pero como lo percibido dependen de las características propias de la sensibilidad humana, entonces lo que sabemos de ella depende de cómo lo vemos y no de cómo es, por lo cual, ese algo, que me provoca sensaciones, queda siempre inaccesible a la conciencia, y por eso es incognoscible.

– ¿Y eso es malo? –dijo mi madre con ojos de espanto.

– No, simplemente es el límite que la razón misma se pone en su búsqueda del conocimiento. Es, por así decir, casi como la idea de Dios para la moral…

– No digas herejías –me interrumpió bruscamente mientras acomodaba los platos en el trastero.

– Sí, ese *algo* llamado por Kant, **noúmeno**, es un concepto que regula de alguna manera las intenciones metafísicas de la razón, mostrando que cuando intentamos conocer por la vía *trascendental*, es decir, más allá de los alcances de nuestra sensibilidad sin la ayuda de ningún dato sensorial de la experiencia, ciertamente caeremos en ilusiones y bellos delirios metafísicos cual si fueran cuentos de hadas

– Ahora sí ya te quedaste loco. Pues bendito conocimiento –dijo mi madre con ironía– Aquél que me enseña que hay *algo* que no puedo conocer. Ya vete a dormir –terminó murmurando con ternura.

Me fui a dormir, pero me mantuve despierto un buen rato. Escuchaba ese murmullo nocturno indescriptible que hace que la noche entre por la ventana revestida de un silencio opaco. Ese casi imperceptible zumbido que identificamos como la voz de la noche me arrulló mientras que se iban apagando en mi mente las últimas palabras de mi madre: "Bendito conocimiento ese que me enseña que hay algo que no se puede conocer". –Sí claro, –me dije a mí mismo mientras me hundía cada vez más en el sueño– los límites de la razón.

> *El concepto noúmeno se desprende de lo dicho, pero no se trata ni de un concepto positivo ni de un conocimiento determinado de una cosa, sino que significa simplemente el pensamiento de algo en general, pensamiento en el que se hace abstracción de toda forma de la intuición sensible. (KrVA252)*

> *Así, pues, el concepto de noúmeno no es más que un concepto límite destinado a poner coto a las pretensiones de la sensibilidad. No posee, por tanto, más que una aplicación negativa. Aun así, aun teniendo en cuenta que el noúmeno no puede establecer nada positivo fuera del dominio de la sensibilidad, no se trata de una ficción arbitraria, sino que se halla ligado a la limitación de la misma. (KrVB311)*

BIBLIOGRAFÍA

ARTE

• BOWIE, ANDREW (1999). *Estética y subjetividad. La filosofía alemana de Kant a Nietzsche y la teoría estética actua*l. Madrid: Visor

• BOZAL, VALERIANO (1999). *Historia de las ideas estéticas y de las teorías artísticas contemporáneas*. Volúmenes I y II. Madrid: Visor.

• GIVONE, SERGIO (1990). *Historia de la estética*. Madrid: Técnos.

• RANCIERE, JACQUES (2005). *Sobre Políticas estéticas*. Barcelona: Universitat Autónoma de Barcelona.

• TATARKIEWICZ, W. (2001). *Historia de seis ideas. Arte, belleza, forma, creatividad, mímesis, experiencia estética*. Madrid: Técnos.

BELLEZA

• BIOSCA, ANNA (Editora) (2005). *Atlas universal de filosofía*. Barcelona: Océano.

• ECO, UMBERTO (Encargado) (2006). *Historia de la belleza*. Traducción: María Pons Irazazábal. Barcelona: Lumen.

• HENCKMANN, WOLHART & LOTTER, KONRAD (Editores) (1998). *Diccionario de Estética*. Traducción de Daniel Gamper y Begonia Sáez. Barcelona: Crítica.

CAMBIO

• ABAD PASCUAL, J. y DÍAZ HERNÁNDEZ, C. (2004). *Historia de la filosofía*. México: Mc Graw Hill.

• GAARDER, J. (1994). *El mundo de Sofía*. México: Patria.

• GARCÍA MORENTE, M. (2005). *Lecciones preliminares de Filosofía*. México: Porrúa.

• HERÁCLITO. *Fragmentos*. México: Siglo XXI.

• PLATÓN. *Diálogos*. México: Varias ediciones.

• XIRAU, R. (2003). *Introducción a la historia de la filosofía*. México: UNAM.

CRIMEN

- SÓFOCLES (1984). *Electra* en *Tragedias*. México: Ateneo.
- GIRARD, RENÉ (2006). *Los orígenes de la cultura*. Madrid: Editorial Trotta.
- SCHWOB, MARCEL (1980). *Vidas imaginarias*. Buenos Aires: Edición digital de Lety & Urijenny/Centro Editor de América Latina S. A.
- PAPINI, GIOVANNI (1986). *GOG*. México: Época.
- QUINCEY, THOMAS DE (1984). *Del asesinato considerado como una de las Bellas Artes*. Madrid: Alianza.
- CORTÁZAR, JULIO (1972). *La vuelta al día en ochenta mundos*. México: Siglo XXI.
- DOSTOIEVSKI, FEDOR. *Crimen y castigo*.
- GONZÁLEZ, JULIANA (Enero-marzo 1980). *El naturalismo en ética* en *Revista de la Educación Superior*. México: ANUIES.
- FAULKNER, WILLIAM (2008). *El oso*. Barcelona: Editorial Anagrama.

CUERPO

- ARISTÓTELES

-(1995). *Física*. Editorial Gredos: Madrid.
-(1978). *Acerca del alma*. Editorial Gredos: Madrid.

- FOUCAULT, MICHEL

-(2005). *Historia de la sexualidad 1: La voluntad de saber; 2: El uso de los placeres; 3: La inquietud de sí*. Siglo XXI Editores: México.
-(2005). *Vigilar y castigar*. Siglo XXI Editores: México.

- JONAS, HANS (2000). *El principio vida*. Editorial Trotta: Madrid.
- KANT, IMMANUEL (1997). *Crítica de la razón pura*. Editorial Alfaguara-Santillana: Madrid.
- LE GOFF, J., Y TROUNG, N. (2005). *Una historia del cuerpo en la Edad Media*. Ediciones Paidós: Barcelona.
- MERLEAU-PONTY, MAURICE (2000). *Fenomenología de la percepción*. Ediciones Península: Barcelona.
- PORTER, ROY (1993). *Historia del cuerpo* en Burke, Peter. *Formas de hacer historia*, Alianza Editorial: Madrid,
- VARELA, FRANCISCO, ET. AL. (1997). *De cuerpo presente*. Editorial Gedisa: Barcelona.

LIBERTAD

- GARZÓN, MERCEDES (1999). *La Ética*. México: Tercer Milenio.
- COMTE-SPONVILLE, ANDRÉ (2002). *La Libertad* en *Invitación a la Filosofía*. Barcelona: Paidós.
- SÁNCHEZ VÁZQUEZ, ADOLFO (2005). *Ética*. Biblioteca de Bolsillo.
- SLAVOJŽIŽEK (2011). *El acoso de las fantasías*. Siglo XXI, 4ª Ed. Pág. 215.
- NICOLA, ABBAGNANO (1987). *Diccionario de Filosofía*. México: Fondo de Cultura Económica.
- FREUD, SIGMUND (1998). *La interpretación de los sueños*. Vol. 4 y 5. Diccionario de la Real Academia Española. Amorrortu Editores.
- NIETZSCHE, FRIEDRICH W. (2009). *Obra selecta*. *Dos volúmenes*. Edición Germán Cano. Cartoné/Biblioteca de Grandes Pensadores. Madrid: Editorial Gredos.

MAYÉUTICA

• ABBAGNANO, N. (1961). *Diccionario de filosofía*. México: Fondo de Cultura Económica. 1206 pp.

• ALEGRE GORRI, A. (1988). *Historia de la filosofía* antigua. Barcelona: Anthropos. 253 pp.

• BURNET, J. Y TAYLOR, A.E. (1990). *Varia socrática. Doctrina socrática del alma/ Biografía platónica de Sócrates*. Tr. Antonio Gómez Robledo. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Filosóficas. 118 pp.

• GÓMEZ ROBLEDO, A. (1986). *Platón: los seis grandes temas de su filosofía*, México: Fondo de Cultura Económica. 623 pp.

• PLATÓN. (1975). *Menón/Platón*, Introducción. Versión y notas de Ute Schmidt Osmanczik, 1 v. Numeración canónica. México: UNAM. 176 pp.

• Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española. (2005). *Diccionario panhispánico de dudas*. Colombia: Santillana Ediciones Generales. 833 pp.

• XIRAU, R. (2003). *Introducción a la historia de la filosofía*. México: UNAM. 572 pp.

Créditos

Director General:
Dr. José de Jésus Bazán Levy

Director Académico:
Mat. Alberto Ceciliano Hernández

Directora de Innovación:
Lic. María Isabel Díaz del Castillo Prado

Subdirector de Formación en Línea:
Carlos Acevedo López

Elaboración de contenido:
Macro-Academia de Filosofía

Consultores

Gudelia Espejo López
Ana Lilián Rodriguez Villafuerte
Martha Patricia Becerra Estrada
Roberto Espinosa Galicia

DTI participantes

Gudelia Espejo López
Jesús Fernando Monreal Ramírez
Georgina Alba González
Ana Lilian Rodríguez Villafuerte
José Luis Solís
Alejandra Chio Bazany
José Luis Bruno
Martha Patricia Becerra Estrada
Pedro Corzo Corea
Gustavo Barajas Gómez

Revisión de contenido:
Karla Melina Ochoa Carreón
Azucena Castañón Foncerrada
Mariana Alin Ortega Galindo

Diseño y armado:
Andrea Altamirano Moreno

Dé clic para pasar la página